

21 Cortos

*Cuentos del Taller de Creación Literaria
del Centro Cultural El Carmen*



AYUNTAMIENTO DE MURCIA
Miguel Ángel Cámara Botía
Alcalde-Presidente

Rafael Gómez Carrasco
Concejal Delegado de Cultura

CENTROS CULTURALES

Dirección del Programa
Francisco Franco Saura

Coordinación C. Cultural El Carmen
Jesús López Centenero

Coordinación literaria
Antonio Lois de los Santos

EDICIÓN

AYUNTAMIENTO DE MURCIA
Concejalía de Cultura

Dirección técnica
Servicio de Comunicación

Diseño e impresión
Pictografía

Depósito legal: MU 396-2012
ISBN: 978-84-15369-15-8

A veces, a los servidores públicos, nos cabe el honor de apoyar iniciativas tan estimulantes como el libro “21 Cortos”, encuadrado dentro de las actividades literarias del Centro Municipal de El Carmen. Las propuestas que realiza el Ayuntamiento de Murcia, a través del Programa Centros Culturales, pretenden, entre otras líneas de trabajo, la elaboración de productos culturales. Este libro es fruto de estas prácticas: personas implicadas en la actividad grupal del taller, formadores que aportan sus conocimientos, relatos que reflejan, como fruto final, experiencias personales y colectivas. Una iniciativa excelente por la que traslado la enhorabuena a todos los que la han hecho posible.

Rafael Gómez Carrasco
Concejal Delegado de Cultura

Desde el año 1997, coincidiendo con la puesta en marcha del Centro Municipal de El Carmen, se han venido desarrollando actividades relacionadas con la creación literaria. El proyecto del Centro ha tenido en cuenta como elemento vertebrador de importantes iniciativas sociales las letras, su contexto, su utilización como herramienta para comprender el mundo y para desarrollar aptitudes en las personas que se han implicado en las diversas convocatorias que se han realizado desde aquel lejano año. La respuesta del público siempre ha sido exitosa: hemos conseguido poner en contacto a los creadores con los participantes, propiciando la proximidad, el conocimiento y el estímulo para enfrentarse a la hoja en blanco. Por nuestras aulas han pasado autores y profesores de prestigio, como Amando López Valero, Antonio Aguilar, Soren Peñalver, Manuel Moyano, Marisa López Soria o Antonio Lois. Todos ellos han formado parte íntima del crecimiento personal, de las actividades grupales y de los productos que se han obtenido en los sucesivos talleres. Como resultado de estos trabajos, el Ayuntamiento de Murcia ha propiciado las recopilaciones de relatos y poemas “Nuestras voces (1998)”, “Tenemos la palabra (1999)” y la novela de creación colectiva “Enredos de una pasión (2003)”.

Como fruto del trabajo mas reciente en el taller, presentamos ahora la publicación “21 cortos”, una colección de cuentos realizados por participantes de los talleres de creación literaria, entre febrero de 2008 y mayo de 2011. Lo que hemos conseguido con esta actividad tiene un sentido motivador, terapéutico y creador. Una especie de receta contra el miedo y a favor del optimismo que mejora las condiciones de percepción de la realidad, tanto a nivel colectivo como individual y el osado y maravilloso error de romper la barrera de la expresión literaria, tan exigente como inocua, tan importante como útil de crecimiento personal.

Jesús López Centenero
Responsable del Centro Cultural de El Carmen

PRÓLOGO

Creador de historias, inventor de escenas, descubridor de mundos, padre de personajes, investigador de sentimientos... El escritor no tiene porqué vivir de su obra, aunque sí vivirla, y si lo hace con intensidad, tampoco necesita publicarla para sentirse pleno de sensaciones viajeras, en el tiempo y en el espacio.

Desde que nace la idea hasta el punto final, el proceso creativo tiene que ser largo y casi siempre, doloroso. Eso no resta ni una pizca de placer a la ambrosía que representa un relato acabado,preciado objetivo que culmina el sacrificio, las dudas, y el esfuerzo. Si la obra es la meta, el Taller de Creación Literaria es el gimnasio donde se pone a tono el músculo cerebral y afinamos el alma para que la imaginación, ocupe el espacio de la razón. El médico, la camarera, el estresado, la estudiante, la modista, el administrativo, el amante, la deprimida, o la veinteañera; cada jueves, todos son gladiadores elegidos para triunfar en la arena.

Confieso que aquel día (7 de febrero de 2008), delante de una veintena de personas y escuchando la presentación de Jesús López Centenero; me sentía tenso como un sargento de húsares cinco minutos antes de la batalla, pero solo fue un reflejo instintivo, necesidad de tensión precedente a la concentración y entrega. Desde ese momento hasta hoy, han pasado cientos de horas de trabajo y convivencia, con las personas que han hecho que me sienta orgulloso de pertenecer a este mundo de quimera, y donde les veo crecer, renglón a renglón, como reyes de mundos paralelos.

*Antonio Lois de los Santos
Profesor de Creación Literaria (2008-2012)*

CUENTOS

PAG.

1. Any. <i>María T. Pérez Hernández.</i>	13
2. Alucinación contagiosa. <i>Pedro L. Panalés Sánchez.</i>	17
3. Atardecer. <i>Alicia Rico.</i>	19
4. Aventuras de colores. <i>María Arteaga.</i>	21
5. Awa. <i>Carmen Lozano.</i>	27
6. Dos gatos y un triciclo. <i>Carmen Hernández Pérez.</i>	33
7. El magnetismo de su mirada. <i>Amelia Moncada Georgiades.</i>	37
8. El primer lago de mi continente. <i>María González García.</i>	39
9. Hiedra. <i>Jesús Bastida Bernal.</i>	45
10. Imposible describir. <i>Laura Amorós.</i>	47
11. La escuela. <i>María del Carmen Bernal Álvarez.</i>	49
12. La extraña. <i>Merche Díaz.</i>	57
13. La robalenguas. <i>Emanuel Menta.</i>	59
14. Mi esperanza. <i>Francisco Gómez.</i>	65
15. Punto de fuga. <i>Nadia Sous.</i>	73
16. Resurgir de una agonía. <i>María Rubio del Amor.</i>	81
17. Salvado por el teléfono. <i>Carmen Carrasco García.</i>	87
18. Terapia para tragedias anónimas. <i>Eva María Serrano López</i>	89
19. Un amor en una bolsa negra. <i>Rosa Velasco González.</i>	95
20. Un presente turbulento. <i>Manuel Tamayo Jover.</i>	99
21. Una sirena y un dragón. <i>Gloria Flores Celdrán.</i>	105

Any

María T. Pérez Hernández

El día que nació Any en una aldea perdida de Costa de Marfil murió su madre. Las condiciones de vida eran tan miserables, que apenas tenían lo necesario para sobrevivir. Ella y sus hermanos quedaron a cargo de la abuela, que con muchas dificultades, intentó sacarlos adelante sin la ayuda del padre, borracho tres días de cada dos. Los niños lo temían tanto, que cuando llegaba, su mundo infantil de risas y juegos, se apagaba y la casa quedaba en silencio.

Pasaron los años y Any fue creciendo. Era alegre, inquieta, inteligente y muy habladora. Cada día tenía que recorrer a pie dos kilómetros para ir al colegio, pero le gustaba tanto, que no le importaba. Cuando regresaba, a pesar de ser la más pequeña, ayudaba a la abuela en las tareas de la casa y mientras lo hacía, le contaba lo que le había sucedido en el colegio.

—Abuela, —le dijo un día— ¿sabes qué quiero ser de mayor?

—No.

—Quiero ser maestra para enseñar a los niños del pueblo. Como doña Leonila.

Ella me ha dicho que tendré que estudiar mucho, pero que si me lo propongo, lo conseguiré, y me ayudará todo lo que pueda.

Cuando terminó los estudios primarios doña Leonila le dijo que allí no podía seguir estudiando. Pero Any estaba dispuesta a trabajar donde fuera para poder conseguirlo.

Con frecuencia, cuando quería estar sola, subía a una colina cercana a su casa, y allí, sentada en el suelo, miraba al horizonte donde proyectaba su futuro. Cerraba los ojos y le parecía estar viajando hacia un lugar desconocido, donde podría realizar su sueño.

Por fin, una tarde cálida y luminosa, el avión donde viajaba Any, aterrizó suavemente en el aeropuerto de Lisboa, lo cual ella interpretó como una premonición de su futuro en aquel país. Bajó la escalerilla y recorrió el camino que la separaba de la terminal, dispuesta a empezar una nueva vida. Allí la esperaba Serina, una prima de su madre que le había ofrecido su casa mientras no encontrara trabajo. La acogió con cariño y simpatizaron al instante. Desde entonces la ayudó en todo lo que pudo.

Any estaba muy ilusionada, porque al fin había dado el paso más importante para conseguir lo que tanto había deseado. Sin embargo, no podía imaginar las dificultades que iba a encontrar en el camino.

La primera fue su raza. Ella quería trabajar cuidando a personas mayores o a niños, pero cuando la entrevistaban y veían el color de su piel, la rechazaban. Un día, cuando volvía a casa cansada de patear la ciudad sin resultado, en una cafetería vio un cartel:

SE NECESITA CAMARERA.

Entró y habló con el jefe, al que no pareció importarle el color de su piel, ni tampoco le preguntó por su situación legal. Así que la contrató. Pero tenía que trabajar tantas horas, que llegaba a casa molida, y pronto se dio cuenta que de momento no podía pensar en estudiar, además, tenía que ayudar a la abuela, y devolverle el dinero que le había prestado doña Leonila.

—No importa, —se decía— lo haré más adelante, cuando tenga un trabajo mejor.

Había encontrado una habitación fuera de la ciudad, en un edificio de tres plantas oscuro y maloliente, donde compartía piso con

tres personas más, a las que no conocía de nada, y con quienes solo tenía en común el alquiler del piso, pero de momento, no podía permitirse otra cosa.

Cuando dejó la casa de su amiga, esta cogiéndola de las manos le dijo: No olvides nunca que estoy aquí. Si me necesitas llámame.

Unos meses después conoció a René y su vida empezó a cambiar, todo el tiempo que tenía libre se lo dedicaba a él. Paseaban, iban a bailar, y casi siempre acababan en la playa, tumbados en la arena, enredados uno en el otro, dando rienda suelta a su pasión.

A veces sentía miedo de las consecuencias que pudiera tener aquella relación, pero enseguida lo olvidaba y pensaba que estando con él, nada malo podía pasarle. Ahora su prioridad era René, y de nuevo, los estudios tendrían que esperar.

Algún tiempo después René le pidió que fuese a vivir con él, y Any se sentía tan feliz a su lado, que no lo dudó.

Cuando le dijo que estaba embarazada no pareció importarle, pero al poco tiempo cambió su actitud hacia ella. Ya no era tan cariñoso, se enfadaba fácilmente, le gritaba, y algunas veces, venía tarde y algo bebido.

Una noche entró en casa y cerró la puerta dando un portazo, ella lo miró y en ese momento, comprendió que algo grave iba a ocurrir, y sintió miedo, un miedo atroz que recorrió todo su cuerpo, y que la hacía encogerse y sentirse cada vez más pequeña.

—¿Dónde estabas? ¡Me he pasado toda la tarde llamándote!, —dijo él indignado.

—Me dejé el teléfono en casa.

—¡Estás mintiendo! ¿Por qué te has puesto esa ropa? ¡No te da vergüenza, estando embarazada!, ¿qué quieres?, ¿que te miren? Golpeaba la mesa, las paredes y por último, la golpeó a ella sin importarle su estado.

Al día siguiente, le pidió perdón una y otra vez, pero para ella, a partir de aquel día nada volvió a ser igual. Por miedo siguió aguantando aquella situación, pero el amor que hasta entonces había sentido por él, se había roto en pedazos tan pequeños que era imposible recomponerlos.

Poco tiempo después, cuando Any volvió de su trabajo, encontró toda la casa revuelta. A primera vista pensó que alguien había entrado a robar, pero enseguida se dio cuenta de que solo faltaban las cosas de René, y comprendió lo que había pasado. Se había marchado sin decir nada, y había abandonado a su hijo y a ella.

Se dejó caer desecha en un rincón, y lloró desconsoladamente. Aunque en el fondo de su corazón se sentía aliviada. Lloraba porque su hijo ya no tendría un padre que le enseñara, que jugara con él, que lo llevase al colegio... Y ella tendría que afrontar en solitario un futuro bastante incierto.

Poco a poco se fue calmando y de pronto recordó las palabras de Serina cuando dejó su casa: No olvides que estoy aquí. Si me necesitas, llámame.

Y así lo hizo. La llamó y le contó todo lo que había pasado. Serina no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—No te muevas de ahí, voy para allá, —le dijo su amiga.

Las horas pasaron lentas, y cuando la vio aparecer, rompió a llorar de nuevo.

—¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no me dijiste lo que estaba pasando?

—Estaba avergonzada —le dijo entre sollozos—, además, tú no le caías bien a René y hubiéramos empeorado la situación.

Serina trató de calmarla.

—No volverás a estar sola, te lo prometo. Recoge tus cosas, que nos vamos a casa. Te cuidaré hasta que estés bien, y te ayudaré con el niño para que puedas trabajar. Verás como todo se arreglará.

Pasados unos meses, Any se puso de parto, y Serina no la dejó ni un momento sola. El parto fue bueno y el niño nació fuerte y sano. Cuando lo llevaron a la habitación, no podía dejar de mirarlo. Emocionada lo cogió fuertemente entre sus brazos y le prometió que lo cuidaría y trataría de hacer de él un hombre bueno, decente y generoso; así como que lucharía para que recibiera la educación, que la vida y las circunstancias, le habían negado a ella hasta entonces.

Lo acercó a su pecho para amamantarlo y mientras lo hacía, le susurraba una vieja canción africana que su abuela le cantaba a ella para que se durmiera.

Alucinación contagiosa

Pedro Luis Panalés Sánchez

Una madre preocupada, lleva a su hijo a un reputado psiquiatra.
—Mire doctor, he traído a mi hijo porque últimamente tiene alucinaciones.

—¿Por qué cree usted eso?

—Porque desde que pasó por el jardín que hay cerca del río, no quiere salir de casa.

—¿Le ha preguntado el motivo?

—Sí, y me ha dicho: “Los cocodrilos están en los molinos del río, y por la noche salen hasta el amparo de los ficus”. Seguramente habrá confundido las grandes raíces de los árboles con esos bichos.

—Bueno. Déjeme que hable con él para ver si ha sido una confusión o se trata de algo más grave.

Tras un breve careo con el hijo, el doctor le dice a la mujer: Su hijo no tiene nada grave. Que se tome esta medicación y observará que se le quitan esos miedos. —diagnosticó mientras escribía en una receta.

Al salir de la clínica, Salvia lleva a su hijo de regreso a casa por el camino del parque y, al comprobar que este no opone resistencia, le pregunta: ¿Qué has hablado con el doctor que te ha hecho tanto bien?

—Solo me ha dicho que él conoce bien esta clase de cocodrilos, y que son de los que no muerden.

Anonadada, la mujer no sabe si recomendar al médico a sus amigas, o demandarlo por mentiroso; por lo que decide esperar a ver cómo evolucionará su hijo.

Atardecer

Alicia Rico

Me encuentro aquí, en el mismo lugar donde solíamos pasar las tardes de verano. Te añoro, dibujaría tu silueta en un lienzo para luego recortarla y hacerla real. Miro el horizonte, está anocheciendo, y las nubes parecen las que tú pintabas en las acuarelas. Azul ultramar, cobalto, o de Prusia... ¿Qué color definiría lo que veo ahora mismo? Tú dominabas esos términos, no yo, tan solo veo el horizonte desde la ignorancia de cualquier mortal embobado con este paisaje. Desearía tenerte a mi lado, tratando de retener la imagen en tu mente para luego reproducirla. Mojabas el pincel en el agua, mezclabas los colores, y cuando comenzabas a moverlo sobre el lienzo, veía ese brillo en tus ojos que ahora añoro. Miro mis manos, están envejecidas, ásperas, como tu viejo maletín de madera, aquel del que nunca te separabas. Estaba lleno de ilusiones, además de esos tubos de acrílicos casi gastados. Tu viejo trapo, tu paleta... tus bocetos y una parte de ti, esa de la que precisamente me enamoré y que ahora tanto echo de menos.

Parece que fue ayer cuando te preguntaba por tu obsesión por pintar nubes, por plasmar los infinitos colores que se pueden ver en el cielo, y no me sabías responder. Y ahora, años después,

me encuentro aquí sentado tratando de retener los contrastes, las sombras y las luces, las profundidades y perspectivas, pero sintiéndome profano al adentrarme en tu terreno.

Ya no soy el que era, mi vista parece engañarme, o quizás simplemente la esté perdiendo poco a poco. Me gustaría ser joven de nuevo, no encontrarme en el ocaso de mi vida y precisamente aquí, acordándome de ti. Hace un tiempo fui al viejo desván a buscar los adornos de Navidad. Me costó subir hasta allí, mis piernas no son las que eran, pero al llegar me encontré de nuevo contigo.

Allá es donde guardabas tus cuadros, aquellos que se quedaban sin acabar o que no terminaban de convencerte. Sin embargo con tan solo entrar, ese olor tan especial que desprendían tus obras y viejos artilugios, hizo que todo mereciera la pena... me hacía sentirte ahí.

Veo este atardecer. Los azules dieron lugar a los malvas y estos a los ocre, amarillos y anaranjados. Sonrío al usar esos términos, tú me hablarías del laca escarlata, el cadmio naranja, o el siena tal cual... ¿Sigues percibiendo los colores allá donde te encuentras?

Debería volver al hospital pero no me importa. Tan solo pienso en ti, y me pregunto si al tenerte tan presente en mis últimos momentos, podré llegar antes a tu lado. Me siento pesado, cansado, mis párpados caen y mis ojos apenas dejan pasar la luz. Hago un último esfuerzo para retener este paisaje, pero todo parece borroso y comienzo a formar tu cara en mi mente, como si de un boceto se tratara. Siento el sonido de un lápiz al moverse, formando suavemente tu retrato. Escucho su sonido al rasgar el papel. Te siento, estás aquí.

Aventuras de colores

María Arteaga

No tenían un día fijo, aunque casi siempre procuraban que fuera sábado o domingo cuando iban a ver a la abuela. De esa forma, se aseguraban que María no estaba ocupada con alguna de las actividades durante la terapia.

Tenía temporadas de todo. Cuando su ánimo era agradable, se mostraba sociable y disfrutaba en los talleres de pintura y manualidades, paseando con las enfermeras o haciendo deporte. Esta actividad era un tema complicado, pues solo le gustaba un aparato en forma de timón que podía mover con los brazos y se enfadaba cuando algún otro enfermo lo utilizaba. A pesar de estos pequeños enfados, María era muy querida por los compañeros y por el personal de la residencia pero, sobre todo, por su familia.

Solo había tenido un hijo, Miguel, que se casó muy joven con Candela. Tuvieron dos hijas. Esa era toda su familia. A sus nietas no les agradaba ver a la abuela en aquel lugar y mucho menos, cuando padecía alguna de esas desagradables crisis en las que se negaba a comer o pronunciar palabra alguna. La habían conocido así y veían como normales sus rarezas pero, con el paso del tiempo, su enfermedad se agravó y era muy triste verla ausente y con la mirada perdida.

Para Miguel también era penoso ver a su madre en ese estado, pero estaba acostumbrado. Sabía desde niño la enfermedad que ella padecía aunque, entonces, pasaba largas temporadas en un estado casi normal. Le gustaba recordarla en la época que trabajó como secretaria de dirección. También Candela le acompañaba a pasear, al cine o de compras.

El inicio de su primer embarazo lo disfrutaron juntas; después se convirtió en su enfermera durante mucho tiempo hasta que la tuvieron que ingresar en el geriátrico por su propia seguridad y bienestar.

María recibió una educación esmerada y era respetuosa con la gente haciéndose querer fácilmente. Corroboraba esta circunstancia el hecho de que, en algunas ocasiones, las auxiliares la invitaban a sus casas a pasar el día con ellas.

Fueron transcurriendo los años y se hizo mayor entre personas como ella. En verano se marchaba a la playa unos días con los compañeros. Miguel y Candela la visitaban cuando podían y se ponía muy contenta, como casi todos los ancianos, ya que no era muy habitual el que tuvieran visita.

La residencia geriátrica era cómoda y acogedora, pero se había quedado pequeña y un edificio nuevo de varias plantas sustituyó al anterior. En recepción, los visitantes solicitaban permiso para poder ver al familiar o amigo ingresado. Las enfermeras lo sacaban a una salita tranquila donde podían estar el tiempo que quisieran, pero el calor humano se había quedado en el antiguo lugar. Por esa razón, la familia de María había pedido permiso para poder quedarse en el vestíbulo donde las flores y unos cómodos sofás hacían la visita más agradable, además de poder compartir el tiempo con otras personas, entre ellas, Ernesto. Trabajaba como interino los fines de semana, los demás días la recepción estaba atendida por funcionarios. Cuando veía llegar a Miguel y Candela, el chico les abría la puerta de cristales, y mientras llegaban a su lado, registraba sus nombres en el libro de visitas y ofrecía la prensa a la mujer.

—Gracias —dijo Candela—. Enseguida te devuelvo el periódico; imagino que no dirá nada nuevo, pues los fines de semana parece que hasta las noticias descansan.

—Sí, eso parece, que no pasa nada. —sentenció Ernesto, con la sonrisa y amabilidad que le caracterizaba.

A los pocos minutos ella se acercaba al mostrador con el periódico para devolverlo.

—Candela, si quieres te lo puedes llevar. Dejan varios ejemplares y los fines de semana solo leo yo.

—Vale, muchas gracias, Ernesto. Hay una columna que escribe un amigo y me gusta guardarla.

Una tarde de sábado, Ernesto plantó una mesita cerca de su puesto de trabajo, y puso encima un parchís. Llamó a José y a Rafael, dos residentes que siempre que podían salían fuera del salón, y les invitó a jugar.

Al principio se negaron, aunque pasados algunos días ellos mismos se acercaban hasta él, reclamando un poco de su tiempo; y el muchacho les ofrecía los cubiletes azul y verde. Desde entonces, juntos compartían aventuras de colores. En una ocasión, Candela jugó con ellos, y su alma se llenó de alegría por compartir sus ilusiones, por las risas encontradas y por ver cómo Ernesto se dejaba ganar una y otra vez haciendo pasar a los dos ancianos una tarde especial.

José y Rafael estaban ansiosos de que llegara la hora de la merienda del domingo, no por tomar el helado que les ofrecían, sino por el interés que tenían en la cita con Ernesto, el del vestíbulo. Y el mismo ritual, la mesita, el parchís, los cubiletes de colores verde y azul para los ancianos y el rojo para él; el amarillo lo dejaban libre recordando a Moliere, pues el chico decía que traía mala suerte.

Una tarde que los jugadores fueron al encuentro del muchacho, encontraron a otro señor sentado en su silla. Como dos niños ansiosos miraron el lugar donde se encontraba la mesita. En el sitio del parchís, había una maceta con una orquídea blanca. Los dos se acercaron al hombre que ocupaba la silla de su amigo y, con la voz entrecortada le preguntaron por Ernesto; el señor les dijo que él lo sustituiría los fines de semana, pues su antecesor se había marchado al extranjero.

Los ancianos se alejaron tristes en busca de más información. Llegaron hasta la enfermería y preguntaron a Lidia, la enfermera de

guardia que les sonreía mientras les daba los medicamentos, les preguntaba cómo se encontraban y les daba confianza y cariño.

Ella no sabía nada de Ernesto ni del nuevo que atendía la recepción, solo podía intentar tranquilizarlos asegurándoles que sería algo ocasional.

—Estará de vacaciones. —Y les prometió que al día siguiente le preguntaría a la directora algo más y se lo comunicaría a los dos.

Cada tarde de fiesta, José y Rafael salían a la calle a tomar su café descafeinado. De vuelta, se dejaban caer pesadamente en el sofá y dormitaban hasta la hora de la merienda, volvían a levantarse y caminaban hasta el comedor, tomaban lo que les ofrecían, arrastraban los pies y se paraban frente al mostrador de recepción esperando encontrar algún día a su amigo. Contaban los días a la espera del sábado, pero pasó el tiempo y llegó otro chico que no conocían. Cuando Jesús vio de lejos las figuras cansadas de los ancianos puso en marcha su plan. Seguramente no recordaban que él era amigo de Ernesto y que en alguna ocasión le visitó mientras este estuvo trabajando en la residencia; además jugaba con ventaja, pues ahora llevaba el cabello largo y recogido en una coleta y no lucía, como antes, su cabeza rapada.

Salió fuera, cogió la mesita y puso sobre ella el parchís, dejándola en el lugar donde antes jugaban. José y Rafael se miraron sorprendidos, intentando ver en aquel rostro la sonrisa de Ernesto. Jesús mantenía sus ojos fijos en los dos hombres y ellos no dejaban de mirar la mesa y la cara del muchacho. Nadie abría la boca. Pasaron unos minutos interminables y José preguntó al chico: ¿Vamos?, Jesús asintió sonriendo, mientras salía del habitáculo que formaban las dos paredes y el mostrador en forma de ele.

Los ancianos se sentaron en el lugar de siempre y empezaron a poner fichas desordenadamente. Con la paciencia de un maestro, el joven intentó enseñarles cómo hacer para que la partida fuera un juego. Las fichas azules y verdes saltaban sin miedo mientras que las rojas huían despavoridas. Eran ocho soldados contra cuatro, y las reglas de la ley, nulas.

Sonó el timbre de la residencia. Eran Miguel y Candela que venían a ver a María. Jesús se levantó para abrir la puerta y esperó que los visitantes llegasen hasta él.

—Hola. ¿Qué desean?

—Venimos a ver a María Solano—habló Candela, más habladora que su acompañante.

—Un momento, por favor, llamaré para que les acompañen. Hoy se encuentra bien y ha preguntado varias veces por ustedes mientras paseaba del brazo de Rosa. Estaba segura que su familia vendría esta tarde, y no se ha equivocado.

—Gracias —dijo Miguel— si no le importa entraremos en el salón para buscarla. Conocemos el camino y así saludaremos a todos. Si se enteran que hemos estado aquí sin verles, se enfadarán.

Los tres jugadores continuaron con la partida a tres colores sin mucho orden, al mismo tiempo que Jesús se esforzaba para que el juego fuera limpio, pero los ancianos no hacían mucho caso, y tiraban el dado cuando no les tocaba, ponían fichas donde les parecía bien, y si venía a cuento, se cargaban por el camino a las fichas rojas. No olvidemos que tenían en sus manos las reglas del juego, las reglas de la inocencia, su propia ley.

Jesús sonrió cuando Candela se acercó.

—¿Puedo unirme a vosotros con las fichas amarillas?

—Claro, pero ya sabes que las amarillas tienen mala suerte, siempre están en su casa— contestó José riendo y contento.

—No me importa, lo bonito es jugar y reír —dijo Candela mientras guiñaba un ojo a los hombres— ¿Quién ha ganado más veces esta tarde?

—Esta tarde no han valido las partidas que hemos jugado porque Jesús nos ha dejado hacer trampas —contestó Rafael— De ahora en adelante jugaremos de verdad, no consentiremos que nos deje ganar como hacía su amigo, y el que pierda pagará los cafés de todos y una Coca-Cola sin cafeína para María, ¡ah!, y caramelos de menta.

La señora sonrió mientras Candela se hacía un hueco entre los dos ancianos y el muchacho de recepción.

Los dados bailaban dentro de los cubiletes de colores haciendo un ruido de maracas sin ritmo, Miguel acariciaba las manos de su madre mientras contemplaba la escena de los cuatro alrededor

de la mesa, y la hermosa orquídea se alimentaba de las buenas vibraciones que desprendían las almas de seis personas sencillas, intentando pasar una tarde feliz.

Jesús ya no trabaja en la residencia, Rafael falleció, José sigue en el geriátrico, Ernesto vive en Croacia con Daniela, su novia. María falleció hace dieciséis meses y hoy, 28 de julio, hubiese sido su cumpleaños.

En su memoria y en recuerdo de una tarde de parchís se escribió un cuento.

Awa

Carmen Lozano

A Tanty, que algún día será la protagonista de esta historia.

A Mónica, mi amiga, mi hermana, mi compañera de viaje, por todos los momentos que hemos vivido juntas.

Me llamo Awa, que en bambara, mi lengua nativa, significa: Eva, la primera mujer que pobló la tierra. Me siento orgullosa por eso, no es por azar que mi nombre sea ese. Nací un día gris y caluroso de la estación húmeda de hace catorce años, en el que el cielo se desplomó sobre la tierra en medio de un aguacero que inundó la aldea; mientras, mi madre gritaba bajo la choza inundada. La posta de salud estaba a demasiados pasos caminando, así que no dejé que mi madre se diera ese paseo con su inmensa barriga.

Después vinieron mis hermanas. Adama tiene diez años, y Bintou es la mimada, por ser la más pequeña y la preferida de mi madre, será por eso que aún la carga a la espalda. Me levanto muy temprano para ayudar a mi madre en sus tareas. La vida de la mujer

africana no es fácil, aquí siempre hay trabajo que hacer. Despertarse cuando los primeros rayos del sol se cuelan por los huecos del techo de paja, ir al pozo a por agua, volver a casa y encender el fuego, hervir el agua, preparar el té, primero para los hombres, como manda la tradición, y luego para las mujeres; moler el mijo, preparar la comida, fregar los platos, ir al río a lavar la ropa... y al final del día, cuando todo está en calma y el concierto que produce el zumbido de los mosquitos aún no ha comenzado, sentir las gotas de agua deslizándose sobre mi piel al caer desde la tetera.

Mi padre cuida cabras. Vive él solo en la choza de al lado. Siempre está discutiendo con mi madre porque no ha podido darle hijos varones... parece como si las hijas no contásemos nada. Es una pena que no haya tenido hijos. Ella no tiene la culpa, ha tenido mala suerte, solo eso, perdió dos varones y tras el parto de Bintou la vaciaron entera porque casi se desangra. Y encima, mi padre la amenaza con buscarse otra esposa que le dé hijos que puedan ayudarle con su trabajo. Pensándolo bien, no estaría mal que mi padre tuviera una segunda esposa y muchos hijos varones. Tendríamos más hermanos, la casa estaría más alegre, y ya no discutirían nunca; además, podrían ayudarle con su trabajo, el rebaño sería más grande y nosotras podríamos tener una choza mayor, la nuestra es demasiado pequeña para las cuatro.

Mi padre, si hay suerte, vende alguna cabra en el mercado de los viernes, pero algún día tendrá camellos, como su amigo Bamba; y entonces se habrá cumplido su sueño.

Bamba es pastor tuareg y transporta cargas de sal con sus camellos por el desierto, hasta Tombuctú. ¡Cómo me gustaría conocer el desierto! Siempre anda envuelto en una de esas túnicas azules que llevan todos los tuaregs, que solo permiten ver los ojos. No sé por qué los camellos valen más que las cabras, será porque son más grandes y pueden transportar a las personas por el desierto. Bamba es muy rico, será porque tiene muchos camellos y porque la sal se vende muy cara en el mercado, la leche de cabra no es tan cara, y por eso se puede dar el lujo de tener tres mujeres y una casa grande para cada una de ellas. Siempre anda pavoneándose delante de mi padre de que él puede permitirse tener más mujeres, que le han dado cinco hijos varones que le ayudan con el negocio. Bamba sueña con tener una cuarta esposa.

Ahora no voy a la escuela, pero hubo un tiempo en que era feliz porque cada día podía caminar las dos horas que me separaban de la escuela. Me gustaba escuchar a la maestra, siempre atenta, cuando contaba historias, que me hacían viajar a otro lugar. Por la noche, cuando hace buen tiempo, me quedo dormida fuera, en la estera, bajo la mosquitera, un manto de estrellas cubre el cielo, y sueño con llegar algún día a tocar una de ellas.

Hoy es el día de mi boda. Me han regalado una preciosa manta de cuadros, de muchos colores, como las que llevan todas las mujeres bambaras el día de su boda. Me encanta mi manta de cuadros.

Mi madre siempre dice que soy torpe, pero yo no la creo, he conseguido un hombre que quiera casarse conmigo, y eso no es de ser torpe. Recuerdo cuando tenía ocho años y aprendí a moler el mijo, pronto conseguí lanzar el mazo y dar una palmada mientras subía en el aire, para recogerlo luego y estrellarlo contra el fondo del mortero. Tam... tam... tam... me encanta el sonido del mortero. Adama no es tan rápida, ella siempre está distraída, jugando, se escapa cada vez que mi madre no la ve. Yo no puedo escaparme, siempre tengo sus ojos pegados a mi espalda, vigilando, en su estera, a la sombra, porque el Tangana¹ en África derrite hasta las piedras. Sé moler el mijo, cocinar, cargar a Bintou sobre mi espalda, lavar en el río... y luego mi madre dice que soy torpe. Algún día seré la “reine de la maison”², como ella, y tendré muchas hijas, que aprendan a ser mujeres mientras yo me quedo sentada a la sombra, en la estera. Abdou siempre dice que soy lista, eso me decía siempre en la escuela, susurrando desde el pupitre de al lado, a escondidas de la maestra, también dice que soy guapa, me lo dijo un día mientras yo lavaba en el río, por eso quiere casarse conmigo. Abdou sueña con que nos escapemos juntos a Europa.

Me gusta el sol de África, que se eleva, gigante, sobre el horizonte. Me gustan los caminos infinitos de tierra roja que parecen no llevar a ninguna parte. Me gustan los baobabs, con sus ramas, como dedos, intentando tocar el cielo. El sonido del mortero cuando las mujeres preparan la comida. Las noches de luna clara en que las estrellas se susurran cuentos al oído. Los días de lluvia en que el olor a sabana lo impregna todo. La sonrisa de mi hermana cuando

1 Tangana: sol

2 Reina de la casa

duerme a la espalda de mi madre. El fino hilo de agua que recorre mi cuerpo cuando me ducho bajo la tetera. La leche de cabra recién ordeñada. El equilibrio de la calabaza cargada de agua sobre mi cabeza. Los pastores con sus rebaños de vacas, ovejas y cabras, cuando regresan a casa por la tarde. El río Níger, que lo inunda todo. Las mujeres, con sus vestidos de colores y sus hijos a la espalda caminando por la sabana. Las chozas de adobe con el fuego siempre encendido. La piel oscurecida por el sol. El mestizaje de razas y colores. Contemplar la puesta del sol bajo el gran baobab. Saltar y saltar sobre la palanca que hace brotar del pozo el agua misteriosamente. El tiempo como detenido desde hace millones de años. Los campos de cultivo de mijo y sorgo. Los pollitos cuando juegan, como niños, por el patio. Los turbantes de los tuaregs, azules, como el cielo. Me gusta Abdou. El latido del corazón que se acelera cuando presiente que se acerca.

No me gusta que los hombres tengan varias mujeres. No me gusta vivir con las mujeres en una choza separada de los hombres. No me gusta tener que servir la comida primero a los hombres para comer después alejadas de ellos. No me gusta el té verde. No me gusta tener que bajar la cabeza cuando estoy delante de un hombre. No me gustan las tormentas de arena. No me gusta sonrojarme. No me gusta que mi madre sea la reina de la casa.

Hoy es mi gran día. Todas mis amigas han venido a verme, aunque nadie puede verme, solo me verá el novio, el elegido. Así lo manda la tradición. Estoy a oscuras dentro de la choza de adobe, tumbada sobre mi estera, no consigo ver nada, una sábana me cubre todo el cuerpo, no verán mi vestido nuevo, solo Abdou, el elegido. Alguien levanta la sábana y me enfoca con una linterna... solo unos segundos... es mi amiga Tanty, que me regala su pulsera de cuentas de colores, esa que tanto me gusta, me guiña un ojo y ¡sonríe!... y me pongo muy contenta. Fuera, las mujeres cantan, los niños juegan, silencio absoluto, de repente oigo un ruido, un gallo, que grita como si lo estuvieran matando. Una cabra... Me darán a beber su sangre... ¡Qué tradición más tonta! No me gusta la sangre de cabra con sabor a lametón sobre una reja de hierro... mi madre me la da a beber desde que me hice mujer, dice que cura la enfermedad de las mujeres, que se vuelven pálidas como la luna si no la toman. Me gusta el color de mi piel como la noche

oscura, por nada del mundo querría ser blanca como la luna. Yo quiero ser una estrella. Oigo caballos, alguien se acerca, voces, es mi padre con los hombres, que vienen desde la casa del novio, desde el poblado que se encuentra en lo alto de la montaña.

Pasos, alguien entra, una luz... no puedo distinguir su rostro. Mi corazón se acelera. Alguien me envuelve con mi manta de cuadros. Es el amigo del novio, que me llevará a caballo hasta lo alto de la montaña, mi nuevo hogar, a reunirme con mi prometido. El hombre que mis padres han aceptado para mí, aquel que me ha sido designado, Abdou, mi luna, mi amado.

Oigo llantos y lamentos. Lágrimas por el abandono del hogar que me ha acogido desde la infancia. Casi un rapto, o eso parece simular. Así está escrito. Así lo manda la tradición. Yo no estoy triste, porque Abdou me espera.

Algarabía de niños corriendo en penumbra hacia la cima de la montaña.

Esta noche será mi boda. Comienza mi nueva vida.

Me llevan al poblado, a reunirme con mi amor. El camino está oscuro, mi cara, tapada. Si solo pudiera ver las estrellas... Estoy impaciente, el camino se hace eterno. Por fin llegamos, alguien me baja del caballo y me deposita dentro de la choza, en los brazos de mi amado. Al oír su voz rasgada mi corazón se acelera:

—“Je t’aime, je veux te mairier. Je vais te donner quatre chameaux. Qu’est-ce que tu dis...?”³ —Un sudor frío me recorre el cuerpo y las lágrimas brotan de mis ojos cuando descubro los de Bamba, escondidos tras su turbante azul...

No hay opción de decir que no.

Cuatro camellos, el valor de una mujer en África, el precio de la libertad en África. Cuatro mujeres, el valor de un hombre en África, el precio del respeto en África. No quiero un marido en África ni en ningún lugar del mundo que no me deje mirarle a los ojos, que me encierre en la cocina para ser la reina de la casa, que me obligue a cargar el agua sobre la cabeza y el peso de la vida y de los hijos sobre la espalda.

3 “Te quiero. Quiero casarme contigo. Te ofrezco cuatro camellos. ¿Cuál es tu respuesta?”

Comienza mi nueva vida. Una nueva vida para alguien que está empezando a vivir, un cambio de dueño, una esclava de otro dueño, una sumisión con nombre diferente. Odio mi manta de cuadros.

Me gustaría estar muy lejos, en un lugar en donde no existan estas horribles mantas de cuadros. Quiero tocar una estrella...

Tam... tam... tam...

Me llamo Awa, que en bambara significa EVA.

Dos gatos y un triciclo

Carmen Hernández Pérez

Sintieron cómo el cielo se les venía encima, o abajo... no estaban seguros. Una luz inmensa iluminó cada una de las cosas que tan solo un segundo antes, eran capaces de acariciar. Y la tristeza se adueñó de sus corazones, y los ojos se les llenaron de lágrimas, mientras se preguntaban qué les estaba sucediendo.

Caty, que era la más avispada, fue la primera en darse cuenta que algo raro ocurría, cuando empezó a verlo todo minúsculo, apenas perceptible. Apreció en ella una felicidad totalmente desconocida. Y la agonía se transformó en placidez. Y comenzó a sentir lástima por los que quedaban atrás... o abajo.

Tigre la miraba desconcertado. Ella le había cuidado como si fuera su propia madre, no entendía nada de nada, pero sonrió. No tenía miedo porque no estaba solo; aunque lejos, aún podía verlos.

—¿Qué está sucediendo? —le pregunto a Caty— Parece que estoy mareado, todas las cosas que veo han cambiado.

—Sí, lo sé. Pero no te preocupes.

—No estoy preocupado —contestó moviendo el rabo.

Caty, se quedó mirando a su pequeño compañero. Era guapo, de

ojos negros y cara bondadosa, pero algo cándido. Mucho.

—Mamá, ¿qué haremos mañana? —le dijo de pronto Tigre.

—Te he dicho mil veces que no me llames así. Yo no soy tu madre.

—Pero cuando nací, tú estabas aquí.

—Sí es verdad, aunque eso no quiere decir nada, —le dijo ella enfadada— ¿Acaso nos parecemos en algo? ¡No! Pues creo que esto lo deja bien claro.

—¿Por qué? —le dijo Tigre— tienes orejas, ojos y también rabo, y cuando abres la boca huele a pescado. Entonces... ¿en qué nos diferenciamos?

—Pues verás... tú eres torpe y vistes de otra manera, siempre a rayas, como si fueras una gacela. Y yo, aunque pequeña, soy ágil y más juguetona.

—Ya, pero a mí me contaron, que en esto también interviene un papá, y el mío... ¿dónde está?

—Qué pesadito te pones, soy soltera que es lo que ahora se lleva. Nadie vino a rondarme ni a ronronearme a la oreja. ¡Vamos! que jamás tuve pareja. ¿Entiendes por qué no soy tu mamá? Y tu padre, solo Dios sabe dónde estará.

—Y... ¿qué nos está pasando?

—Pues no lo sé, pero creo que estamos en otro espacio.

—¿Eso qué es?

—No lo tengo muy claro, pero tiene que ser algo bueno, porque los que nos perseguían se han quedado muy lejos, ¿ves?

—Pues Clarita a veces me limpiaba con su hocico, —dijo Tigre con cara de ajo tierno.

—Sí, pero eso no era natural —confesó Caty algo cansada.

—Natural... ¿qué quieres decir? No te entiendo.

—Pues está muy claro, tú eres gato y ellos perros. Desde luego... el olfato nunca te ha funcionado ¿no?

—Peros... ¿eso qué es?

—¡Vaya!, veo que de oído tampoco andas sobrado.

—¡Perros, idiota!, animales de raza peligrosa. Huelen distinto a nosotros, tienen grandes colmillos y son nuestro peor enemigo.

Tigre se quedó pensando, no recordaba que Clarita le hubiese hecho daño. Su memoria era escasa y lo sabía, pero ella le besaba todas las mañanas y le daba calor cuando se acercaba. Él, de razas no entendía, solo sabía que era alta y blanca, como un cielo nublado. Y que le miraba con ojos mimosos.

—Entonces... ¿no la veremos más?, y ahora... ¿con quién voy a jugar?, porque la mayoría de días, tú no estás.

—¡Pues claro! porque me voy a cazar. Persigo pájaros, saltamontes y algún grillo tontorrón. Tú, como siempre, duermes. De eso no entiendes.

—Sí —le contestó Tigre. A mí me ponen bolitas, y solo he de saltar a la ventanita.

—¡Uf, que asco! Bueno, tengo hambre y supongo que aquí tendremos que apañarnos.

—Acercaos, acercaos —se escuchó una voz a lo lejos— Este es el camino, corred, corred. Daos prisa, que cerramos a las cinco.

Caty y Tigre comenzaron a correr, aunque no tenían claro hacia dónde se dirigían. Pensaron que por la hora que era, les pondrían la merienda, y no estaban dispuestos a perderse.

Pero... llegaron a un lugar donde tan solo había gatos: grandes y peludos, pequeñitos y deformes, de muchos colores; con ojos azules, verdes, rosas y amarillos. Todos paseaban en bici y algunos se columpiaban. Tigre miró a Caty. ¿Acaso soñaba? Sabía que los gatos no montaban en bici, porque las patas se les quedaban cortas y no llegaban a los pedales.

—¡Mamá, mamá! ¡Ven!, ¡corre! En el camino han atropellado a los gatos. Me parece que están muertos, —dijo la niña llorando.

—Tranquilos, no debéis preocuparos, los gatos tienen siete vidas, ¿recordáis? ¡Aún les quedan seis! Id al jardín y traedme flores azules, hojas verdes y pétalos del rosal amarillo.

—Ahora... los llamaremos con voz baja. Traed a Clarita, cuando la oigan ladrar despertaran del sueño. Cerrad los ojos con fuerza y pedir que vuelvan. Y recordar: todo lo que se pide con el corazón,

sucede de verdad.

Los niños cerraron los ojos con fuerza, y Clarita que era una perra muy, muy lista, se tumbó a su lado también con los ojos cerrados, no sin antes ladrar y aullar. Guau... guau... auuu...

—¡Tigre, Tigre! ¡Ven, sube! Esta es muy bonita y podemos subir tres. ¿Ves?

Y los tres treparon hasta el triciclo. Caty, Tigre y una gatita pequenita. Y volaron hacia unas vocecillas que tristes parecía llamarlos.

—¡Mami, mami!, han despertado, pero... ¿por qué están tan cambiados?.

—¿Caty...?

—Miau— Le dijo la gata moviendo el rabo, de color verde y rosa claro.

—Tigre... —dijo el niño algo asustado— Miau, miau... —contestó el gato de hermosas rayas amarillas.

—Creo que son ellos —dijeron todos al escuchar los maullidos.— Pero... la gatita azul, ¿de dónde ha salido?

Azulena, más conocida por todos como “la nena” se quedó ensimismada, podía leer lo que pensaban los compañeros, y lo que decían los humanos. Hablaba todas las lenguas habidas y las que vendrían después. Por telepatía se comunicaba con todos; hasta con las plantas del jardín. Era una gata preciosa... azul transparente. Sus ojos parecían hermosos zafiros.

—Vengo... —dijo en silencio—, de donde nacen vuestros deseos... mi mundo, está hecho con trocitos de corazones desechos. Pero sobre todo he venido... por el olor a pescadito frito, que perfuma la boca de vuestros gatitos.

El magnetismo de su mirada

Amelia Moncada Georgiades

Anoa había nacido en el seno de una familia conservadora. Tenía dos tíos sacerdotes, hermanos de su padre, y una religiosa por parte de madre. No era muy alta, delgada, ojos grises, y su tez, como un copo de nieve. Conforme iba creciendo le atraía aquel mundo; era lo que había vivido en su casa. Cuando cumplió la mayoría de edad decidió entrar en las Carmelitas Descalzas para hacer sus votos de novicia. Fue muy severo para ella, pero al fin lo pudo conseguir. Su superiora le mandó a un internado de señoritas, donde daba clases de música. Tenía varias jovencitas a su cargo; una de ellas llamó su atención. Siempre estaba aislada de las demás. Anoa se acercó, le daba lástima verla triste; se reflejaba en su rostro la pena. Cuando Anoa le habló, Katia le confesó que había perdido a su madre y se encontraba muy sola. Su padre era médico, trabajaba en un hospital y apenas lo veía. Anoa trató de tener con Katia un trato especial; se hicieron amigas inseparables.

Un día la muchacha enfermó gravemente e ingresó en el hospital. Una vez allí se negó a tomar alimentos; solo pedía ver a la religiosa. El padre creyó que eso le haría bien, y llamó por teléfono al internado para que fuera Anoa a visitarla.

Al entrar en la habitación, Anoa vio a un hombre sentado en la cama junto a Katia. Era alto, delgado, tez blanca, cabellos rubios y ojos verdes. Se quedó impactada ante el magnetismo de su mirada; nadie la había mirado jamás de esa manera. Sintió en sus venas una corriente que alteraba por momentos su sangre, y tuvo que bajar la mirada para poder concentrarse. Sin saber por qué, ese hombre le atraía de forma arrolladora. Katia se sintió mejor con la visita de Anoa. Su cara se transformó y cambió totalmente de aspecto. La religiosa se despidió. Cuando volvió de nuevo al internado, su cuerpo temblaba de emoción y no se quitaba de la mente a Richard. No comprendía lo que le estaba sucediendo. No sabía lo que era el amor de un hombre, jamás había sentido nada por nadie. ¿Sería tal vez eso lo que ella experimentaba dentro de su corazón? Sea lo que fuere, ya no podía vivir sin él.

Una tarde pidió permiso a la superiora y se dirigió a la casa de Richard. Al subir por las escaleras, el corazón le bombeaba con una agitación tal que se le salía de su cavidad. Llamó a la puerta, y él abrió. Se miraron; ambos sabían que sentían lo mismo. No tuvieron que hablar. Anoa se echó en sus brazos; la pasión la dominaba. Él sacó dos copas y una botella de champán; encendió el televisor y metió un disco en el equipo de sonido. Se oía la canción: “Estoy sintiendo tu perfume embriagador”, eso la alteró todavía más. Entró al cuarto de baño y se desnudó. Puso el hábito en el sofá; en la mesita, la Biblia y el rosario, mientras Richard se fumaba un cigarro. Se entregó sin reparo; cuando los dos cuerpos se unieron, creyeron que estaban en el cielo. Los días siguientes fueron iguales; con frecuentes encuentros. Los muros del internado le abrasaban y un día decidió colgar el hábito en el armario. No podía seguir más tiempo con la farsa; ella no estaba hecha para ser religiosa. Pidió la dispensa al Vaticano para poder casarse, y tras larga espera, se la concedieron. Si hubiera seguido de monja toda su vida, se lo habría reprochado. Prefirió ser feliz al lado del hombre que la hizo sentir, y dar cariño a Katia que tanto lo necesitaba. Era realmente dichosa. Nunca se arrepintió.

El primer lago de mi continente

María González García

Una vez me dijo Ana María que los jóvenes son náufragos que han abandonado la isla de la niñez, y tienen que llegar nadando hasta el continente. También me dijo que algunos, en lugar de nadar en línea recta hacia tierra, van costeadando hasta encontrar la playa que ellos buscan. Yo era uno de esos adolescentes eternos. Aún niña para ser respetada por los adultos, y demasiado mayor para jugar con los niños.

En general me encontraba a gusto buscando mi playa. Llevaba una vida bastante cómoda: vivía con mis padres, hacía años que había terminado la carrera, no tenía que trabajar, y todas mis posesiones las tenía guardadas en mi habitación. Pero había días... ¡Había días en que todavía vivía con mis padres, ya hacía años que había terminado la carrera, no tenía trabajo, y todas mis posesiones estaban al alcance de mi vista!

Mi habitación era un lugar aislado del mundo, un remanso de paz en medio de la vorágine de la vida real, esa en la que yo no participaba casi nunca. Allí tenía las cosas que había atesorado en mis 25 años. Algunas asombrosas, como la lámpara de Aladino y un diamante del tamaño de mi puño. Bueno, quizás fuera una de las

lámparas, y un cristal bellissimo. También estaban algunos de mis muñecos, decenas de películas, y cientos de libros. En mi habitación podía pasar cualquier cosa, era como si cada día empezara y terminase una vida entera. Un paraíso, un refugio, un escondite, era mía.

Pero no solo era mía, allí vivían otros seres. Nunca me los había encontrado cara a cara, pero sabía que estaban. Por eso, en lo alto de la estantería, dominando sobre mi pequeño reino, había conservado mi vieja casa de muñecas para ellos, para los duendes.

—Ana María, ¿crees que estoy loca? —le pregunté un día a mi anciana amiga.

—No, lo que te pasa es que tienes gotas de luna en los ojos.

Mi parte adulta creía que mi vecina había perdido la cabeza, y que yo, de pasar tanto tiempo con ella, también la estaba perdiendo. Creía que todo eran tonterías, que tenía que deshacerme de esa casa sin muñecas, llena de muebles y polvo. Creía que... ¡cómo iban a existir los duendes!

Mi parte niña sabía que Ana María tenía razón, que las dos teníamos gotas de luna en los ojos. Sabía que los duendes estaban allí, aunque no se dejaban ver. Sabía que la casa les pertenecía a ellos. Sabía que existían.

Sí, mi vida era fácil la mayor parte del tiempo, pero no siempre. Había visto crecer a mis hermanos, a mis primos, a mis compañeros de clase. Había visto hacerse mayores a todo los que antes eran más pequeños que yo; ya casi todos me sobrepasaban en su vida adulta: trabajaban, se independizaban, viajaban, se casaban... todos habían avanzado. Yo, en cambio, seguía donde había estado siempre, esperando a mis padres tras la puerta cuando llegaban del trabajo, bajando a merendar con Ana María todas las tardes con la esperanza de que me contara algún cuento, durmiendo abrazada a un peluche de más de veinte años, sabiendo que los duendes eran seres que habitaban la misma irrealidad que yo, pensando que mis pequeños tesoros eran más parte de mi mundo, que las personas que me rodeaban.

—Haces lo que tienes que hacer, niña —me decía Ana María— Tienen tanta vida como tú y como yo; todo tiene alma, todo está vivo y tienes que respetarlo.

Algunos días me imaginaba a mí misma tirándolo todo a la basura, quedándome con la habitación vacía. A veces deseaba secretamente que ocurriera algún desastre en la casa y lo perdiera todo, que solo me quedara lo que cupiera en una maleta pequeña.

Pero no, esa no era mi historia. Tal vez si en algún momento las cosas hubieran variado mínimamente, ya saben, tomar un camino en lugar de otro, pararme a atarme unas cordonerías, perder un autobús... si las cosas hubieran sido mínimamente diferentes, yo no sería yo, y mi historia sería otra. Pero esta era yo. Y nunca me desharía de mis tesoros.

Uno de esos días en que mi parte adulta nadaba con fuerza en línea recta, tuve la prueba (definitiva para mí) de que los duendes vivían en mi habitación. Durante la primavera había plantado unas semillas que germinaron en una bonita planta. Por más que busqué no encontré qué tipo era, ni qué cuidados necesitaba. Así que simplemente, me dedicaba a echarle agua a diario, y a observar lo asombrosamente rápido que crecía. El primer día de verano, descubrí dos setas al pie del tallo. ¡Dos setas! En verano, en Murcia, a más de treinta grados, y en una maceta. Estaba claro que habían sido los duendes. Después de meditarlo mucho se lo conté a mis padres, porque ya empezaba a temer que cualquier día me hicieran encerrar por loca, por la cantidad de cosas raras que salían por mi boca de náufraga. Lo dejé caer en la conversación, casi casi esperando que hicieran precisamente eso, llamarme loca infantil, tal vez así llegaría directamente al continente y dejaría para siempre esa travesía eterna en la que vivía. Pero los dos se limitaron a seguirme la corriente.

Bajé a hablar con Ana María. Ella creyó mi historia, y lamentó muchísimo no poder subir a ver las setas de los duendes. Aunque los tres habían aceptado mi historia, solo ella la creía en realidad; había algo en el tono de mis padres que me hacía sentir tremendamente incómoda, con ganas de gritarles; ¡vamos a ver, si no te lo crees, ¿por qué no me lo dices?, ¿por qué me sigues la corriente como si fuera tonta? Si crees que estoy loca, ¡dímelo a la cara! En cambio, la vieja Ana María tenía un brillo especial en sus ojos (tal vez esas gotas de luna de las que tanto hablaba), mientras le contaba la historia de las setas. Desgraciadamente, nunca pudo verlas.

Llevaba una semana sin poder levantarse de la cama. Yo había

seguido bajando a merendar a su casa cada tarde, pero algunos de esos días ni siquiera la encontré despierta. Ana María se apagaba. Le ofrecí bajarle la planta para que pudiera ver la obra de los duendes, pero insistió en que no la moviera del sitio, no fuera a ser que se enfadaran y empezaran a romper cosas.

—Haz una cosa por mí, nena. Coge uno de mis caramelos, y déjasele a los duendes en la casa de muñecas. A mis duendes les gustan los *sugus* de piña, a lo mejor a los tuyos también.

—¿Solo quieres que haga eso?

—Sí. Nuestro viaje juntas está terminando. Cuando yo no esté, seguirás adelante con tu vida y llegarás al continente.

—Seré una adulta más...

—No, ¿sabes por qué? Porque tú y yo sabemos que los continentes están llenos de ríos y lagos donde poder naufragar de vez en cuando. No es necesario tener siempre los pies en tierra firme.

—Pero ¿y todas las historias que te quedan por contar?

—Las contarás tú.

Ahí terminó nuestra historia juntas.

Por supuesto que puse el *sugus* en la casa de muñecas, y me mantuve bordeando el continente con firmeza algún tiempo más, pero aunque Ana María y todo lo que representaba siguió presente para mí en muchos aspectos de mi vida, poco a poco la magia se fue diluyendo en mi entorno. Recuerdo que a veces me subía en una silla y me asomaba a la casa de muñecas para ver si el caramelo seguía allí, y sí, allí seguía. Un día, ya no subí más. Poco después encontré un trabajo, y pasaba casi todo el día fuera de mi casa. Cuando volvía no tenía ganas de nada y me acostaba a dormir, incluso me olvidé de mi planta, esa que había observado y cuidado con tanto mimo. Un día descorrí las cortinas y se había secado. Las setas de los duendes ya no estaban.

Unos meses más tarde me fui de mi casa, de mi habitación, abandonando la mayor parte de los tesoros que tanto habían significado para mí. Y no solo dejé atrás los tesoros materiales, sino que con ellos se quedaron la magia, las tardes de cuentos y meriendas, y las historias inverosímiles que tan reales habían sido para mí. Simplemente, un día llegué a tierra.

Hoy, muchos años después, ya completamente establecida en el continente de adultos, y faltar el último de mis padres, he regresado a mi hogar, al paraíso, ahora inhabitado, de mi antigua habitación. Todavía permanecen aquí algunos tesoros, como la vieja casa de muñecas que para Ana María y para mí siempre fue la casa de los duendes. Subida en una silla, he repetido la operación que hice hace tantos años pero a la inversa, bajándola, y he recordado el caramelito *sugus* que dejé una tarde de verano para mis duendes. En el lugar donde debía haber un caramelo endurecido por el tiempo, o tal vez los rastros de haber sido devorado por las hormigas, se encontraba el envoltorio, vacío, y perfectamente doblado. Dentro, escrito en azul, una sola palabra: *itc*

Hoy he descubierto el primer lago de mi continente.

FIN

(o principio)

Hiedra

Jesús Bastida Bernal

Soy adicto a los chats. Navego por ellos casi todo el día. He conocido a mujeres con nicks provocativos: “Tetona 40”, “Madura viciosa”, etc, tras los que se esconden mujeres solas como yo. Chateo durante horas.

Anoche apareció Hiedra. La evoco tumbada en la orilla del mar, desnuda, tras su baño matutino, recibiendo, cual caricia, la resaca inquieta. Hiedra, sabor a menta, alimento que devoro con avidez. Su nombre suena a desesperación. Me resulta difícil pronunciarlo, como si masticase tierra. Hiedra, me ahoga tu ausencia sin conocerte, en la madrugada, eres niebla que se diluye. Enseguida intercambiamos nuestros números de teléfono. Mi nick es Arrebato. Eso es lo que me produce cuando escucho su voz aniñada, casi un susurro a través del auricular.

Nuestras conversaciones son subidas de tono, se ha creado entre nosotros un fuerte vínculo. Hemos decidido no vernos de momento, así nuestras sesiones de sexo telefónico serán más placenteras.

—¿Cómo vas vestida?

—Con falda y medias negras, zapatos de tacón de aguja y camisa

Hiedra

blanca. No llevo ropa interior.

—Me gustaría postrarme ante ti, y lamer tus zapatos.

—Me estoy excitando.

—Tócate —Le digo, con el deseo convertido en súplica.

Oigo sus gemidos, que preludian la venida del éxtasis. Mi placer también llega dejando entre mis dedos un líquido viscoso.

Imposible describir

Laura Amorós

En la negrura y en la noche. Eugenio Salvador se dirigió, arrasando los pies, como siempre, a su taller. Descubrió a una edad temprana que su vida estaría unida a la luz. La luz es una de esas cosas que no se ven. Imposible describir. Sin embargo, había guiado desde siempre su existencia. Esperó paciente, sentado sobre la escalera de tres peldaños a que el pitido del microondas le devolviera el tazón con la leche que, previsor ante la faena, unos segundos antes había puesto a calentar. Percibió el resplandor y giró la cabeza. Entre las rendijas de la puerta persianera, pugnaba por entrar débilmente una incipiente claridad. Sobre su cara, plegada a capricho del tiempo, la piel moteada recibió con agrado un minúsculo rayo que, antes de dispersarse perfilando el habitáculo, le reconfortó vagamente suavizando las facciones. Contaba ochenta y un años. Su boca hundida manifestaba la ausencia de visitas al dentista. Sobre ella, Niágara e Iguazú, desbordaban justo a la altura de sus ojos. Unos ojos, en otro tiempo, el compartido con la edad de la inocencia, fiel reflejo de la vida y la alegría. Eugenio Salvador tanteó el banco de madera, sobre el que solía trabajar, con la incertidumbre de sus manos, pero antes de comenzar un nuevo proyecto, se dispuso a finalizar el que tenía a medio. Lo-

calizó, la áspera caja de las herramientas cubierta de herrumbre. Sacó el martillo brillante de golpes y media docena de clavos del número ocho del tamaño de un puño. Al contacto de los instrumentos, su brazo adquirió, de inmediato, la militar firmeza. Del cuarto oscuro emergió un sonido metálico como acompañamiento al primer resplandor. Después sobrevino la dentera y el rechinar de metal contra metal. Apretó la mandíbula, entrecerró los ojos y afinó los labios. De un segundo y certero impacto adentró el clavo, inmenso, en la mano muerta. Perforó sus oídos el sonido de lo cotidiano, la madera recién resquebrajada, después solo el silencio. Intentó inútil su movimiento y asegurada la fijeza, alzó el madero apoyándolo contra su pecho. Desde las alturas, el más famoso de los Cristos le devolvió el vacío de su propia mirada. Su imaginación, lazarillo de su mano inquieta, dibujó texturas, volúmenes y formas. Una vez satisfecho con su trabajo bebió un sorbo de la leche tibia, encolando así una noche que, como tantas otras, le había sido agriada a media cocción. En su mente distraída afloró un pensamiento de ironía, que la madrugada del veinticuatro de diciembre le hubiese sorprendido trabajando la crucifixión. Eugenio Salvador accionó el mando a distancia de la puerta persianera, bajó los párpados y abrió los brazos. Inmóvil y crucificado se dispuso a recibir, conforme se elevaba mecánica la persiana ondulada, a la luz del alba. Se inundó de colores la estancia: el Cristo, su propio cuerpo e incluso hasta su alma. Su sangre, agradecida al calor del brillo, le otorgó como presente de La Noche Buena una jovial vitalidad. Y, ante lo inesperado del regalo, sus labios se alinearon elásticos en una sonrisa indiferente a las ausencias, en otro tiempo dolorosas, no solo de las piezas esmaltadas. Una visión macular le hizo alzarse alegre y decidido en pos de aquella claridad albina. Rememoró por un breve instante, el diario de lo que había sido su vida. Salió a la calle, ebrio de leche, tal cual estaba. La cara hirsuta y con un traje de comodidad hecho a la medida... de las zapatillas y la bata.

La escuela

María del Carmen Bernal Álvarez

Rogelio se desperezó y miró el despertador que había sonado hacía un rato. Después de la noche lluviosa, por la ventana entraba una luz plomiza. Las nubes aún permanecían dispuestas a seguir descargando su contenido. Quiso darse la vuelta, pero no lo pensó más, separó la manta y saltó de la cama. Verdaderamente el día favorecía seguir allí, acurrucado, despierto. Pero debía despejarse y comenzar a obrar con responsabilidad.

Fue al baño y cuando regresó se sentía otro. Buscó un traje alegre para contrastar con el día. Preparó un desayuno abundante que le diera ánimo y energía para afrontar la jornada.

Eran las nueve de la mañana y tenía el tiempo justo para llegar a la escuela donde daba clases de Física. Tenía que poner un examen que había estado preparando la noche anterior; pues solo quedaba aquella semana para las vacaciones de Navidad. El grupo de alumnos era bastante heterogéneo, y no lograba unificarlos en un mismo nivel de conocimientos. Los más espabilados no querían trabajar porque se las sabían todas. Los menos aplicados se iban por las ramas sin querer hacer el esfuerzo para superar sus limitados conocimientos. En vano había intentado con sus mejores

técnicas plantear clases prácticas.

Sin embargo destacaba una chica rubita, menuda y pecosa, con su gorro calado y sus trenzas asomando por debajo. Ella captaba al vuelo sus enseñanzas, y sus trabajos, aunque algo deshilachados, tenían consistencia. No obstante, no había tenido ocasión de observarla y prestarle mayor atención. Parecía algo huraña: llegaba, se sentaba, trabajaba, y cuando la clase finalizaba, recogía sus cosas y se iba sin relacionarse con nadie. Ni siquiera la conocía por su nombre sin consultarlo en la lista. Iba pensando en todo ello mientras conducía hacia el colegio. Recogió su cartera y se dirigió a la clase. Faltaban tres minutos para la hora. Entró, dio los buenos días y echó una mirada hasta que los alumnos fueron ocupando sus puestos y estuvieron sentados. Los miró desde su mesa y sacó los ejercicios para el examen.

—Bueno, ¿estáis dispuestos para el ejercicio del primer trimestre?
—Le respondió un ligero murmullo, que no era ni afirmación ni negación, sino más bien “¡qué remedio!”

Uno de la primera fila le ayudó a distribuir los folios, después puso en la pizarra las normas básicas, para las que pidió atención, y dio la orden de comenzar.

Se sentó en lugar estratégico desde donde pudiera verlos a todos. Casi sin querer se fijó en la muchacha rubita. Vestía casi como un chico, salvo el detalle de las trenzas, un poco raquílicas. ¿Cuántos años tendría?, ¿14, 15...? Giró la cabeza y carraspeó ante un movimiento sigiloso y sospechoso de uno de los chicos, que le miró como disculpándose.

Los alumnos le respetaban. Estaba equilibrado entre chicos y chicas. Él trataba de ganar su confianza; no ser hueso con ellos, sino un amigo. Era su segundo curso en aquel instituto, su primer centro. Aún no tenía experiencia y trataba de aplicar la pedagogía que su propia vida le había enseñado. Aún no había tenido mucho éxito, pues era difícil llegar hasta ellos, ganar su confianza. Vivían en su mundo y no dejaban que los adultos entraran a formar parte de él. A él no le interesaba hacerles el juego. Debía estar en su puesto, aunque cercano y amigable. Lo cual no era nada fácil. Esperaba que el tiempo fuera haciendo la función de acercar los dos mundos y establecer una relación.

En ese momento, la rubita entregó su ejercicio y se dispuso a marcharse. Él la detuvo con un gesto. Miró el ejercicio para consultar el nombre y la llamó mientras lo leía.

—¿Puedes quedarte un momento? —dijo mirándola de soslayo.

Ella asintió, volvió a sentarse y puso los libros sobre la mesa. Todos fueron entregando sus exámenes y saliendo. La joven parecía inquieta. En realidad Rogelio no sabía por qué le había pedido que esperase, fue algo instintivo.

Se dirigió a su escritorio y dejó los papeles sobre él, indicando a la joven con un gesto, que trató de fuera amistoso, que se acercase.

Miró de nuevo el nombre en su ejercicio.

—¿Tienes mucha prisa, Gema?

—Pues... —titubeó ella.

—Mira, no quiero nada en especial, solo me gustaría saber algo de ti. Eres la más aplicada de la clase y me gustaría ayudarte de alguna forma, saber tus planes..., ¿qué quieres hacer?, ¿te puedo aconsejar sobre algo?

—Bueno... —balbuceó ella con la mirada baja.

Él esperó a que ella dijera algo, pero siguió callada.

—¿Tienes familia? ¿con quién vives? Si no quieres, no tienes que contestar. No te molestaré si no quieres que me meta en tus cosas. No insistiré.

—Pues... no me importa decírselo, es que...

—¿Quieres que salgamos a la calle? Podemos caminar mientras me cuentas lo que quieras.

—No... bueno... si usted quiere... —y echó a andar cargada con su mochila, precediendo al profesor en dirección a la calle, que la siguió tratando de poner aire despreocupado y amigable.

Ella, mirando al suelo, dijo con voz casi imperceptible: No tengo mucho que contar. Vivo con mi abuelo, que me ha criado, y que siempre ha trabajado para que yo tuviera lo que necesitara. Ahora tengo que trabajar, pues él no puede, y quiere que yo me haga una mujer de provecho. Por eso tengo que estudiar y sacar buenas notas.

—¿Y dices que trabajas?, ¿en qué?

—De camarera por las tardes en el quiosco de la plaza América. Allí voy ahora, pues empiezo a la una.

—¿Y te gusta ese trabajo?

—No mucho, pero sin saber hacer otra cosa y con mi edad, no me dan nada.

—Bueno, quizás yo pueda conseguirte algo más cómodo, como cuidar niños o algo así. ¿Te gustaría? Incluso puedo ayudarte a estudiar.

—Bueno, a lo mejor sí.

—Puedo resolverte dudas. También puedo intentar conseguirte una beca. Creo que sirves para estudiar y podría intentar algo si tú quieres.

Ella casi sonrió. Parecía que nunca se le había ocurrido que podría conseguir algo así.

—También me gustaría conocer a tu abuelo, ¿es posible?

Ella volvió a sonreír y le miró con agrado.

—Creo que a él le gustaría.

—Entonces, mañana hablaremos —dijo el profesor, y se despidieron saludándose con la mano.

Rogelio regresó a la escuela para seguir examinando a otros cursos. Terminó sus clases de aquel día y regresó a casa dispuesto a iniciar las correcciones.

Llegó el último día de clase, que como era habitual, los alumnos no tenía interés en hacer nada, siendo inútil ponerles tarea para las vacaciones. Salieron disparados, menos Gema, que se quedó recogiendo sus cosas con evidente interés por hablar con el profesor. Él se dirigió a ella en el mismo todo amigable que el día anterior.

—Hola, Gema. ¿Vamos con tu abuelo?

—Hola, profesor. Le hable de usted y le dije lo que me había dicho, y ya le está esperando. Es una persona muy amigable y con espíritu joven.

—¿Pues a qué esperamos?

Salieron de la escuela y se dirigieron a la casa de la joven. Llegaron pronto, pues no estaba muy lejos. Por el camino, Rogelio preguntó si trabajaría aquellos días, a lo que ella respondió que no, pues por la edad, no tenían trabajo para ella. Pero le habían dado un buen lote de productos navideños: frutas, latas de conserva y toda clase de dulces. Con todo ello podría celebrar muy bien las fiestas.

Llegaron a la casa. El abuelo estaba sentado junto a una mesa camilla con un libro abierto. Hizo ademán de levantarse, pero Rogelio le detuvo con un gesto y le tendió la mano, que el anciano estrechó con fuerza. La muchacha acercó una silla junto al abuelo, e hizo una seña para que el profesor se sentara.

—Ya me ha dicho Gema su interés por ayudarla. Conozco sus buenas cualidades y siempre ha sido muy aplicada, lo que ha hecho que destacara en el colegio. Lástima que ahora no pueda dedicarse a estudiar todo el tiempo.

—Pero tiene buenas notas y podría conseguir una beca. Yo haré averiguaciones para ver cómo la puede solicitar. En principio, haré todo lo posible para ayudarle en mi asignatura.

—Eso es estupendo, ¿no te parece, Gema? —Ella, que estaba preparando algo para ofrecer al profesor, asintió desde el extremo de la habitación.

El ambiente era cálido, y la mirada del abuelo bonachona y cariñosa. Tenía unos ojos vivos y mostraba una sonrisa entrañable. Miraba a la joven con tanta ternura, que se notaba el cariño que le tenía.

—Su madre era lo único que tenía desde que perdí a mi esposa siendo ella muy joven. Se casó y tuvo a la niña. Pero perdieron la vida los dos en un accidente. Gema se salvó milagrosamente. Desde entonces, me dediqué a ella por entero. Era la razón de mi vida. Pero ahora... ya no puedo hacer casi nada. Apenas me puedo valer. Ella se sacrifica, hasta que yo deje este mundo.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Rogelio con interés— Para mí sería un honor. No tengo a nadie en la ciudad, y me alegraría contarle como mi familia.

—¿No tiene con quién pasar la Navidad?

—Pues no. También perdí a mis padres hace tiempo. Primero falleció mi padre, y hace poco mi madre. Mi única hermana tiene su familia y vive lejos de aquí. Los veo muy de tarde en tarde.

—Podríamos invitarle a la cena de Nochebuena, ¿no te parece Gema? —ella asintió con timidez—. Una cena sencilla, con lo que han regalado a Gema y poco más. Sería un honor para nosotros.

—También lo sería para mí —respondió Rogelio.

—Entonces le esperamos el día 24 hacia las ocho. ¿Le parece bien?

—Estupendo —respondió mientras se levantaba y tendía la mano al anciano, quién la estrechó entre las suyas con afecto.

—Bueno, Gema, nos vemos mañana en clase.

Con esto se despidió y salió con una amplia sonrisa en el corazón.

Así fue cómo Rogelio, con un pequeño paquete de dulces, se presentó ante sus anfitriones. Fue una cena entrañable, acompañada de agradable conversación y confidencias. Gema hablaba poco, pero sus ojos denotaban gusto y simpatía hacia el profesor, por la complacencia que mostraba hacia el abuelo, y por la conversación de gran interés. Se hizo muy tarde sin que se dieran cuenta.

Cuando el profesor regresaba a su casa, iba con el corazón henchido por sentimientos de gratitud y confianza. Aún habría nuevas relaciones durante estas festividades. El día de Reyes, Rogelio acompañó a Gema a ver la Cabalgata por el centro de la ciudad, y pudo comprobar la ilusión infantil que llenaba sus ojos ante las luces y adornos de las calles, al igual que las imágenes de los escaparates y todo el entorno de la Cabalgata.

Después ella comentaría que de pequeña, su abuelo la había llevado algún año a verla, y rememoraba aquella ilusión y cómo él también disfrutaba con ella. Compraron un regalo para el abuelo, y también para ella; una muñeca de trapo, que hizo que abriera sus ojos de admiración y cariño.

Cuando regresaron junto al abuelo, estaba esperándoles con la misma cara de ilusión, por la inmensa gratitud hacia Rogelio, que no sabía cómo despedirse de aquella casa. Le invitaron a quedarse y hacer una cena sencilla con la consabida tertulia, que cada vez se iba haciendo más familiar.

Cuando se iniciaron las clases, la expresión de Gema era diferente. Miraba a sus compañeros de otra forma, al igual que su entorno. No parecía la misma jovencita taciturna, que escapaba apenas terminaba la clase. Sonreía a sus compañeros y había una posibilidad de amistoso diálogo.

Algo había cambiado en la clase. Tampoco los alumnos parecían tan apáticos. Comenzó por repartir los exámenes realizados antes de las vacaciones, y repasó algún tema que había visto algo flojo. Puso algunas pruebas que resultaron en general negativas, comprobando en qué había que reforzar. Al terminar la clase, entregó a Gema un folio con algunas pruebas reiterando su ofrecimiento de ayudarla con lo que ella no entendiera.

Se había informado si había alguna otra materia que precisara reforzar, pero estaba claro que era una muchacha aplicada e inteligente. Únicamente le faltaba el tiempo que había que dedicar a trabajar. Ella, salió de prisa como en otras ocasiones, ya que esta era la última clase. Pero con otro semblante, casi con una mirada sonriente hacia todos, no sin timidez.

Al domingo siguiente fue a visitarles, y de nuevo le invitaron a compartir su comida. Él se había adelantado a comprar un pollo asado que compartieron con gusto. El siguiente domingo repitió la experiencia, pero esta vez se ofreció a hacer él mismo la comida.

—Soy un buen cocinero, ya lo veréis —se encontraba tan a gusto en aquella familia, que ya la sentía como suya.

Un día había hablado con su hermana, con quien mantenía una relación entrañable aunque lejana. Le habló de esta experiencia que era tan confortante para él, de lo que ella se había sentido satisfecha y feliz.

Así fue cómo para Rogelio había cambiado el sentido de su vida. Ya no era lo que él sentía que podía hacer por una jovencita retraída y huidiza. Sino de cómo ella y su abuelo habían entrado en su vida y la habían dado un giro que llenaba unas expectativas que no había imaginado.

La extraña

Merche Díaz

El teléfono sonó. Incauto. Nocturno. Todos mis sueños se perturbaron. Los lamentos amargos de Erika impidieron entenderla, pero sabía que algo había ocurrido. Sin preámbulos, me vestí, y marché para su casa. Al entrar en la habitación de Erika el espanto me obnubiló: en el suelo, y entre muebles rotos y derrumbados, una caótica sucesión de objetos yacían desordenados; comida y platos esparcidos, montones de cristales de botellas rotas; la cama deshecha, revueltas de sábanas y manchadas de sangre todavía fresca. Enseguida divisé en un rincón al fondo de la alcoba, la silueta arrobada de Erika. Suspiraba convulsivamente, con entrecortados lamentos, respiraba con dificultad, y su mirada estaba extraviada en algún punto indefinido del cuarto. Me acerqué y me senté a su lado. Quise calmarla, pero al abrazarla, un salto de terror y espanto me alejó de su lado. Observé entre su alborotada melena, el rostro ensangrentado y lleno de heridas. Seguía en estado de shock. Me levanté y decidí dar una vuelta por el resto del piso. No anduve ni tres metros, cuando de golpe descubrí el cuerpo ya sin vida de Horacio, la pareja de Erika. Presentaba magulladuras por la espalda, las piernas, los glúteos y la cabeza. Las marcas se habían incrustado en la piel como ventosas. Algunas

presentaban un aspecto perturbador: se iniciaban en una zona, y ascendían a lo ancho y profundo hasta otra. Quien lo hubiera apuñalado lo había hecho con saña, alevosía y maldad. No, no era posible que hubiese sido mi amiga. Al menos la Erika que yo conocía. Era obvio que era obra de un perturbado.

Marché a la cocina para humedecer mi asqueada boca, cuando contemplé algo que suspendió mis precipitadas conclusiones: sobre la mesa, y encima de un montón de papeles, se encontraba el anillo de coral tunecino de Erika; amuleto y recuerdo del viaje que hizo con Horacio. Un anillo que por primera vez veía fuera su dedo. No sé por qué lo hice, pero me acerqué al aro, lo cogí, y me lo puse. Era realmente cautivador. Embelesaba el generoso brillo que desprendía. No me percaté de la sombra que se acercaba. Solo al escuchar el estruendo de unos cristales furiosos, me di cuenta de las pisadas cercanas a mis espaldas. Era Erika. Desde el marco de la puerta me observaba. Mirada lánguida, rostro con signos de cansancio y derrota. Parecía querer decirme algo, pero no habló. Instintivamente escondí mis manos, pero ya era tarde. Con un gesto extendió su mano para que le devolviera el anillo. Apesadumbrada y con gran pudor obedecí. Cuando lo tuvo entre sus manos lo apretó con fuerza. Quise impedirselo, pero entonces, lo tiró con violencia a un rincón. Estaba claro que quería destruirlo, y lo logró: en un instante, relucientes y diminutas piedras brillantes saltaron esparcidas y alocadas por todo el suelo. Destruído, deshecho. El amor, las promesas, los sueños...

Ahora Erika llora, desconsolada, con aullidos. Siento saber lo que ya sé. Quisiera no haber venido nunca a esta casa, pero ya es tarde. Marcho al salón, a paso lento pero certero, y tecleó el número de teléfono que la devolverá a la vida.

La robalenguas

Emanuel Menta

“¿Abuelita?”

La silueta de la anciana se perfilaba en la entrada de la oscura habitación. La penumbra lo envolvía todo con un velo azulado y difuso. Era de madrugada, pero aun así, el pequeño estaba despierto.

“¿Abuelita?” volvió a preguntar, mientras la figura oscura se acercaba dando pasos lentos y temblorosos. Cuando ya estuvo junto a la cama, unos dedos decrepitos se asomaron entre los pliegues de tela vieja y carcomida que la envolvían y se aproximaron al rostro del pequeño como lombrices saliendo de la tierra.

“Abuelita, no puedo dormirme... ¿me cuentas un cuento?”.

La anciana se quedó inerte, su cuerpo frágil dejó de temblar y su mano se congeló en el aire. Echó la cabeza hacia atrás con un sutil crujido, y de su boca más oscura que una cueva escondida, brotó una extraña voz.

Siendo apenas un bebé, la pequeña Angélica fue abandonada en la escalera de un orfanato. Lloraba y pataleaba cuando fue encontrada por unas monjas jovencitas, que le dieron todo el cariño

posible, al menos durante un tiempo, hasta que comenzó a hablar. “Una noche de estas, vendrá La Robalenguas a visitarnos”.

Con frases como esa, se ganaba de mano de las institutrices unos azotes de esos que dejan marcas. “Tienes una boca siniestra”. Le dijo una de ellas, mientras le retorció la oreja y la llevaba a su habitación, un cuartucho oscuro lleno de arañas, en donde dormía a duras penas.

La penitencia no duró mucho. Angélica se escapó esa misma noche trepando la alta verja que rodeaba el recinto, y se alejó sin mirar atrás. Corrió por el campo durante horas bajo la lluvia fría, hasta que sus pies tropezaron con las vías del tren. A pocos metros, se encontró con la pequeña y destartada estación. Abrió la puerta con cautela, la sala estaba vacía. Solo una polilla revoloteaba por el techo intentado atrapar un poco del calor que desprendía la sucia bombilla encendida. Angélica, recostándose en uno de los bancos, sintió cómo sus párpados se volvían cada vez más pesados. Por primera vez era libre. No le daba miedo dormir en esa polvorienta soledad.

De pronto, detrás del cristal de la puerta, los ojos grises de una anciana la miraban. El pelo revuelto y mojado se le pegaba a la cabeza mezclándose con las grietas de su cara. Sobre sus hombros huesudos, caían unas tiras de tela amarillenta. Abrió la puerta y entró en la sala caminando lentamente hacia la niña, pisando los billetes usados dispersos por el suelo.

“Eres real” —susurró la pobre Angélica, levantándose de un salto. “No estoy loca... no estoy loca...”

Aunque tenía mucho miedo, la pequeña no podía evitar la pesadez de su cuerpo... su mente la conducía hacia un profundo sueño que no podía detener. La anciana acercó una de sus arrugadas manos a la boca de Angélica. “Cuéntame un cuento” —dijo de pronto la pequeña, utilizando todas sus fuerzas para no dormirse. “Tienes que contarme un cuento”. La decrepita anciana quitó rápidamente su mano, como si esas palabras le hubieran quemado la punta de sus dedos frágiles. Se acercó nuevamente y agarró a la niña por la barbilla, abriéndole bruscamente la boca. “¡Cuéntame un cuento!”. Repitió esta, con su último hilo de esperanza. La anciana, movida por una fuerza incontrolable, abrió su boca y desde

lo más profundo de su garganta estalló una voz desconcertante.

Sin duda, era el día más caluroso del año. La profesora de Ciencias Naturales no dejaba de hablar mientras dibujaba a duras penas en la pizarra lo que se suponía era una célula. “*Bla bla bla, bla bla bla... bla bla...*”

Ariel se estaba durmiendo sentado en el último banco de la clase. Se había pasado la noche anterior haciendo lo que realmente amaba: pintar. Con su pincel había creado un mar precioso. Las olas habían aparecido durante la madrugada, parecían moverse en el lienzo iluminado por la pequeña lámpara de su habitación. Era un mar bellissimo, vivo. Cuando estuvo satisfecho de su obra, el despertador gritó eufóricamente que ya eran las siete y media de la mañana. Se puso el uniforme del colegio a trompicones. Mientras se lavaba la cara, pensaba en que no podía faltar más a clase, ya que sus padres habían amenazado con tirarle a la basura todas sus pinturas. Estaba en la cuerda floja, él quería pintar... pintar durante toda la vida y ser feliz, pero el incomprensible mundo quería algo mejor para su futuro: terminar el colegio y después, por supuesto, elegir una carrera que “dé de comer”, como Medicina, Derecho...

“O profesor de Ciencias Naturales” pensó con una sonrisa, mientras modificaba con su mente esa célula horrible de la pizarra y la transformaba en un paisaje tranquilo y precioso.

Dio un primer cabezazo y escuchó a una de sus compañeras reírse de él. Se sintió muy avergonzado, decidió levantarse de la silla y pedirle permiso a la profesora para ir al baño. Ariel pensó que caminar por el largo pasillo de la escuela hasta el lavabo le despejaría la mente, pero tenía tanto sueño... Se movía por inercia, se dejaba llevar por sus pies. Al llegar al lavabo, entró rápidamente y se sentó en uno de los retretes. Cerró los ojos y sonrió. En sus párpados vio el mar que había pintado la noche anterior. Se movía, incluso lo escuchaba rugir. Las olas rompiendo contra la playa... una gaviota lejana le llamaba...

De pronto, Ariel escuchó como la puerta del lavabo se abrió bruscamente, arrancándole de su placido sueño. Se quedó en silencio esperando a que el idiota de turno se fuera, pero en lugar de eso comenzaron a golpearle la puerta del váter. *Bump... bump... bump...*

“¿Pero quién...?” se quejó Ariel, mientras abría la puerta. De pie frente a él, había una anciana espeluznante. Parecía una indigente, su cuerpo desprendía un olor nauseabundo. Acercó sus dedos finos como ramas quebradizas hacia el rostro del joven pero este cerró la puerta de inmediato. Aterrorizado, Ariel se sentó en el váter y miraba la frágil puerta que apenas le separaba de la aterradora aparición. De pronto, volvieron los golpes: bump... bump... El chico no podía soportarlo más y apretó sus puños contra los oídos, pero era inútil. *Bump... bump... ¡BUMP!*

Ariel gritó. Necesitaba que su mente se fuera muy lejos para no volverse loco. Apoyó los pies contra la puerta y comenzó a leer a gritos los grafitis escritos en la pared:

“¡Ana, te quiero con todo mi corazón!”

Bump...

“¡Si quieres una noche de sexo...!”

Bump...

“¡El profesor de Lengua y Literatura es un...!”

Bump...

“¡Cuéntame un cuento!”

Silencio. A lo lejos se escuchaba el murmullo de los alumnos y profesores dentro de las aulas. El pecho de Ariel subía y bajaba agitadamente, y de sus ojos colgaban unas lágrimas temblorosas.

Abrió la puerta despacio. La anciana estaba de pie, inerte, en medio del aseo, con la cabeza echada hacia atrás mirando al techo. Su boca estaba abierta como un pozo negro, y de este emergió un ruido quebradizo, como una vieja maquinaria, que poco a poco comenzó a transformarse en palabras.

Caminar por las arenas del desierto era como pisar el mismísimo infierno. Los pies del joven Bakari estaban llenos de ampollas, ya que los pobres camellos no habían soportado el viaje. Primero había caído uno, como si se hubiera tumbado a dormir. Después de unas cuatro horas cayó el otro... tal vez por tener que cargar con todo el equipaje.

Bakari abandonó a los animales muertos y siguió su camino. Le quedaban unos cuantos kilómetros para llegar a la ciudad de las

grandes torres brillantes. Apretó la cantimplora de cuero intentando chupar unas inexistentes gotas de agua. Lamentablemente, el sol le jugó una mala pasada y no le dejó ver el gran oasis que tenía a solo cien metros a su derecha por donde caminaba. “Sigue... sigue...” Escuchaba en su cabeza. Tenía que llevar esas telas hasta la ciudad, para intentar venderlas y regresar a casa con algo de comida para su madre y su pequeña hermana.

Había llegado la noche. Era muy irónico que durante el día el aire le quemara la piel, pero al caer el velo negro, lo había envuelto un frío mortal. El joven decidió descansar unas horas para recuperar fuerzas y poder seguir con su camino. A lo lejos, lo llamaban las luces de la ciudad que ya cruzaban la oscura noche, esperándolo.

Pero aún más cerca, brillando bajo la luz pálida del disco luminoso que gobernaba el cielo, vio como se acercaba una silueta. Caminaba de forma torpe sobre la fina arena, como si tuviera las rodillas quebradas. Su ropa no eran más que girones de tela colocados torpemente sobre sus hombros. Llegó a su lado sin hacer el menor ruido. Se inclinó sobre él y lo miró detenidamente.

“La leyenda es cierta...” pensó el joven, mientras su cuerpo se volvía cada vez más blando y pesado. La mano retorcida de la anciana entró en su boca, rebuscándole entre los labios y forzándole la mandíbula para que la abriera. Los dientes de Bakari se separaron, la saliva humedeció los dedos de la anciana y estos clavaron sus uñas quebradas en la lengua del joven. No sintió dolor, solo quería dormir.

“Es una gran historia... me encantaría pintar ese desierto” —dijo Ariel con un murmullo, antes de caer en un sueño profundo. La Robalenguas metió sus dedos índice y pulgar en la boca del joven y le tironeó la lengua hacia afuera.

“¿Lo encontraron sus compañeros de clase?” —preguntó Angélica, recostada en el banco de la estación de tren. Miró por última vez a la polilla que revoloteaba en el techo. La mano de la anciana tiró de la lengua arrancándosela rápidamente.

“Qué cuento más feo” —dijo el pequeño, ante la incertidumbre de su “abuelita”. La Robalenguas extendió su huesudo brazo y abriéndole violentamente la mandíbula al niño, le metió los dedos en la boca y empezó a buscarle la lengua resbaladiza. De pronto,

los dientes del pequeño, afilados como guadañas, se cerraron con fuerza en la unión entre las falanges de los dedos de la anciana. Con lentitud, fue apretando mientras la Robalenguas dejaba escapar un ronco gemido, más fétido que las aguas de un pantano. Los dientes del pequeño se cerraron por completo, y los tendones viejos se cortaron con un pequeño chasquido. Los dedos índice y pulgar cayeron dentro de su boca.

La Robalenguas echó su brazo hacia atrás, tapando los pequeños muñones con su otra mano. Giró sobre sí misma una y otra vez chocándose contra las paredes, mientras su cuerpo se iba desprendiendo en terrones de arena, que se desmenuzaban y desaparecían brillando en el aire.

“¿Cariño estás despierto? Escuché unos ruidos”. Habían abierto la puerta. Su verdadera abuela se asomaba a la habitación para comprobar que su nieto estuviera bien. El pequeño, sin abrir la boca, le contestó con una agradable sonrisa. Su abuela se acercó y le dio un cariñoso beso en la mejilla, mientras lo arropaba bajo las mantas. El pequeño sonrió una vez más y esperó hasta que la puerta estuviera cerrada. Escupió los dedos sobre la almohada. Los observó, eran esqueléticos, antiguos... Los agarró con su pequeña manita y bajó de la cama. De cuclillas en un rincón de su habitación, levantó suavemente una madera del suelo que estaba floja. Sin hacer el menor ruido, dejó caer con delicadeza los dedos muertos, que rebotaron sobre una gran montaña de dedos ennegrecidos.

Mi esperanza

Francisco Gómez

Te recuerdo, papá.

La noche que a mi padre lo ingresaron en el hospital, los cuchillos de la ira comenzaron a afilarse. Me sentía furioso, triste, asqueado con la sociedad, con los salvadores de vidas, con la realidad, pero sobre todo, conmigo mismo.

Ahora que se encuentra en coma, me surgen remordimientos por no haberle agradecido todo lo que hizo por mí. Soy un cobarde. Escalo montañas, bajo a las profundidades del mar, cruzo desiertos al límite de mis fuerzas, y a pesar de esto, nunca he sido capaz de abrazar y decir al ser que me ha engendrado, a la persona que me ha regalado la vida: “te quiero”.

En este instante, en la habitación del hospital, me pregunto si estará escuchando, si desea decirme algo. Aunque esté en coma, debe haber alguna forma de expresarse, como en “Johnny cogió su fusil”, donde el protagonista se comunica mediante movimientos de cabeza utilizando el sistema Morse. Es muy doloroso desconocer si lo que expreso a una persona, lo recibe y lo comprende.

Hoy es el segundo día que mi padre lleva ingresado después de sufrir un infarto cerebral. Procuero no estar en la habitación cuando llegan visitas, porque me irrita que expresen en voz alta sus pensamientos. No se dan cuenta que mi padre lo escucha todo, a pesar de que los médicos nos dijeron que el hemisferio derecho está afectado, así que no es capaz de comprender palabra alguna.

¡Mentira absoluta!

Por eso, cuando escucho expresiones en pasado (“¡Madre mía, con lo que ha sido Tito!”), necesito abandonar el hospital y relajarme, de lo contrario, estallaré en cólera.

El tiempo transcurre diferente en la “suite 708”; especie de zulo con dos camas y aseo, vigilado por unas secuestradoras que hacen de enfermeras, a las cuales hay que repetirles dos o tres veces que el gotero se ha acabado.

Procuero mantener mi mente en buen estado imaginando a mi padre recuperado y en casa, como siempre.

Todas las tardes, mis visitas a la Iglesia del barrio eran habituales. De repente me había acordado de Dios, al que llevaba años ignorando.

A la mañana siguiente, me dispuse a seguir con mi ritmo de vida. Dos días por semana desarrollo una labor de voluntariado en el Teléfono de la Esperanza. Una parte del sentido de mi vida se encuentra en ayudar a los demás, en dar por el placer de dar. Allí me siento como en casa.

Antes de entrar en la sede, hago mi pequeño ritual. Elimino toda mi negatividad abrazando a uno de los árboles de la entrada, impregnándome de la bondad de su naturaleza.

Esa mañana, al finalizar mi labor, recibí una dosis de moral y fuerza por las muestras de agradecimiento que recibí de algunos llamantes. Me llamó la atención la última llamada: la de un señor cuyo hijo se encontraba en estado grave por un accidente de moto. El hombre se sentía culpable del accidente, ya que el sábado anterior había prohibido a su hijo ver a su novia. El chico escapó de madrugada para estar con ella y colisionó de frente contra un camión. El casco le salvó la vida. El padre, en su desesperación, deseaba con todas sus fuerzas dar marcha atrás en el tiempo para rectificar sus errores, y volver a demostrar todo el cariño que siempre había sentido por él.

Escuchando la llamada, no pude evitar acordarme del amargo momento personal en el que me encontraba. Necesitaba expresar mis sentimientos a un ser querido, y no sabía cómo hacerlo.

Simpaticé mucho con esta persona; más de lo que me hubiese gustado. Me vi reflejado en el chico de la moto. Un ser incapaz de satisfacer a su padre ni a sí mismo. Que aparta sus propios sueños para quizás, realizarlos en otra vida.

Yo también quise estudiar para algo que luego no hice. Quería ser escritor, desde que a los nueve años me regalaron “Veinte mil leguas de viaje submarino”, pero siempre mantuve oculta esta afición.

Por la tarde volví al hospital, donde ya se encontraban mi madre y mis tres hermanos. Comenzamos a recordar anécdotas, como cuando íbamos en el 127, nosotros seis y mi abuela, rumbo a la playa, sin aire acondicionado, y en la radio, los “Angelitos negros” de Machín. Y a pesar de todo, éramos felices. Tuve que salir de la habitación con la excusa de una llamada al móvil, para poder llorar en las escaleras. Lágrimas de injusticia. Injusticia porque le faltaban tres semanas para jubilarse, después de toda una vida en una horrible fábrica de productos químicos, luchando contra temperaturas extremas para darnos un trozo de pan que llevarnos a la boca. Nunca se lo supimos agradecer.

Siempre había algún familiar o amigo en la habitación, así que no encontraba momento para estar a solas con mi padre, y cuando tenía ocasión, llegaba alguna enfermera. Bien entrada la noche, tuve la oportunidad. Me armé de valor y le cogí la mano. Con voz suave y entrecortada le expresé lo mucho que lo quería y lo orgulloso que estaba de él. Una necesidad imperiosa de pedirle perdón me desbordó. Sobre todo eso, pedir perdón. Saqué de mi bolsillo un cuento que había escrito hacía meses. Le expresé la pasión que siempre había sentido por la escritura, y la rabia por habérselo ocultado. Comencé a leer el cuento en voz baja.

La narración contaba la historia de un indigente que al cruzar un arco de piedra, sufre una regresión en el tiempo y tiene la posibilidad de cambiar el rumbo de los acontecimientos, igual que en “Regreso al futuro”, pero no lo hace. A pesar de vivir en la calle y no poseer nada más que una caja de cartón y un perro callejero,

no desea variar el curso de la vida. Luego consigue regresar al tiempo actual, a su caja de cartón y a su perro. El mendigo pensaba que lo que nos ocurría a las personas era lo mejor que nos podía ocurrir, y si se encontraba en esa situación tan deprimente era para aprender algo importante. Él era feliz porque se encontraba en paz consigo mismo, y tenía la posibilidad de mirar a las personas desde otro punto de vista.

Cuando acabé de leer el cuento ocurrió algo extraordinario. Mi padre, inmóvil hasta ese momento y con su mano izquierda sobre la mía, empezó a mover su dedo pulgar, acariciando mi mano. Se me cristalizaron los ojos y emocionado bajé rápido hasta la cafetería donde se encontraba mi madre y mi hermano mayor.

Se lo comentamos a su médico. Este entró y comprobó su estado. Le cogí de nuevo la mano, pero no movió ningún dedo. Lo achacó a un acto involuntario. Yo me negué a creer esa explicación. Estaba seguro que mi padre me había escuchado y era su manera de hacérmelo saber.

Esa noche me quedé en el hospital acompañando a mi madre, quien no dejaba solo a mi padre ni un instante. Cuando se comparte la vida con una persona cuarenta años, amándola de verdad, se convierte en parte de tu alma.

Mientras, Tito, mi padre, seguía en coma, y sin aparente mejoría “médica”. Pero para mí, había un rayo de esperanza por lo que había sucedido esa tarde.

Por la mañana, a solas, mi madre me propuso llamar a un sacerdote. La idea me pareció horrorosa, pues era aniquilar cualquier atisbo de esperanza. Además, si mi padre no comulgaba mucho con la Iglesia, por qué tendríamos que hacer algo que él no admitiría.

Luego me dirigí hacia el Teléfono de la Esperanza. Tenía que sustituir a un compañero esa mañana. Las horas que estuve allí no fueron muy intensas, pero cuando me disponía a comer algo, entró una llamada y al descolgar, encontré una voz que me resultaba familiar. Ya recordaba. Era aquel hombre cuyo hijo había tenido el accidente de moto.

Reconoció mi voz. Me comentó que había llamado varias veces pero al no responderle yo, colgaba. Comenzó a exponer sus sentimientos. Y lo más extraño, es que lo encontré absolutamente

relajado, confiado y seguro de sí mismo. Su hijo había experimentado una leve mejoría, y los médicos eran optimistas. Siempre hay mensajes a nuestro alrededor, solo hay que saber escuchar, dijo el hombre. Pensaba que mi hijo no me quería, y ahora, hablando con sus amigos, me han hecho ver la admiración que sentía él por mí. Ninguno de los dos hemos sabido demostrarlo como al otro le hubiese gustado, simplemente eso.

Luego me comentó que si una persona se concentra y pone atención, puede oír los sentimientos de la persona que ama.

—Solamente hay que saber escuchar de verdad, Santiago.

—¿Cómo sabe mi nombre? —Le pregunté sorprendido y confuso.

No respondió a mi pregunta. Siguió hablando y al final, me dijo que todas mis dudas se resolverían. Solo tenía que tener fe.

Hablaba como si me conociera y eso me incomodaba.

Por la tarde, ya en el hospital, no dejaba de acordarme de las palabras de aquel hombre.

Esa noche, convencí a mi madre para que no se quedara a dormir allí. Yo la sustituiría. Tenía muchas ganas de estar completamente a solas con mi padre, ya que esa tarde le habían dado el alta al compañero de habitación.

De pronto, me encontré cara a cara con mi padre. Tenía tanto que expresar que no sabía por dónde empezar. Estuve observándolo detenidamente. Nos parecíamos mucho y eso me gustó. Le limpié el sudor de su frente y torso, le acaricié la cara, y comencé a susurrarle al oído que tenía que recuperarse. Tenía que conocer a mi hijo, a quien solamente le faltaban cuatro meses para nacer. Lamenté mis enfados y reproches hacia su persona todos estos años. No pude contener mis lágrimas, las cuales comenzaron a fluir sin miedo, nublando mi visión. Era un llanto desgarrador, de una tristeza absoluta. Mis manos se encontraban aprisionando fuertemente la mano de mi padre queriendo transmitirle toda mi fuerza. De pronto, justo en el instante en el que la intensidad de mi dolor estaba en su nivel más alto, sucedió algo. La mano de mi padre, apretó fuertemente mi mano de una forma súbita, con una fuerza desgarradora. No pude gritar nada. En ese instante se hizo un silencio grandioso en mi interior que impidió que pronunciara

palabra alguna. Luego, una gran calma se fue apoderando de mi cuerpo, una serenidad absoluta y una ausencia de miedo me embargó. No dejé de mirar el rostro de mi padre, quien seguía impasible. Entré en una especie de trance y cerré los ojos. De repente una serie de flashes comenzaron a llegar a mi mente con gran claridad. Lo primero que me llegó fue el día de mi nacimiento. Pude verme recién nacido y mis padres allí, llorando los dos de alegría. En la siguiente escena, allí estaba yo, en la noche de San Juan. Tendría unos cinco años. Me encontraba alrededor de unas hogueras. Cerca de mí otro niño jugaba con una cuerda en cuyo extremo había un muñeco de peluche ardiendo. Comenzó a darle vueltas a la cuerda desprendiéndose el muñeco y aterrizando en mi pelo, el cual empezó a arder. De repente observé como mi padre vino corriendo muy rápido y con su camiseta apagó el pequeño incendio que pudo haberme costado la vida. Apenas tenía recuerdos de este suceso y ahora lo estaba observando nítidamente.

En otras secuencias de esta especie de película, aparecía sentado en los hombros de mi padre viendo una procesión de Semana Santa. Le acariciaba el pelo, mientras él se reía.

Iban apareciendo todo tipo de escenas de mi vida, acompañado siempre de mi padre. El día de mi comunión, el partido de fútbol donde yo hice de capitán. La primera vez que fui al dentista, y fuimos mi padre y yo a tomarnos un chocolate con churros. Después, de regreso a casa, con su mano en mi hombro, fue explicándome los lugares de la ciudad por los que él jugaba de pequeño. Casi todas las imágenes que vinieron a mi mente, las recordaba. Algunas con más claridad que otras, pero todas se me habían grabado a fuego.

La última visión fue la única que no recordaba. Se trataba de una mesa antigua, una especie de escritorio, bastante estropeado.

De repente, los flashes se apagaron, me encontré allí, acariciando la mano de mi padre sin ninguna fuerza por su parte. Todavía me encontraba en estado de shock después de lo vivido. Me abracé a él durante muchos minutos, sin despegar mi cuerpo del suyo, llorando amargamente. Ahora lo comprendía todo. Yo formaba parte de los mejores momentos de su vida.

Por la mañana llegaron mi madre y mis hermanos. Aproveché

para bajar a la cafetería del hospital. Todavía estaba en una nube, no podía asimilar lo que había sucedido la noche anterior y mi intención fue mantenerlo en secreto.

Mientras mojaba el bollo en el café con leche recibí una llamada al móvil. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al ver reflejado el número de mi hermano. Cuando descolgué, me suplicó llorando que subiera urgentemente. Corrí hasta llegar al séptimo piso como si fuera a batir algún record mundial. Al llegar al pasillo de la habitación me encontré con parte de mi familia fuera, entre lágrimas. Los médicos se encontraban dentro. Le había dado alguna especie de ataque. Incluso había abierto los ojos. Comencé a rezar...

Aquel seis de octubre por la mañana, murió mi padre.

Varios días después, tras un entierro multitudinario, me acerqué a su empresa a recoger sus pertenencias. Cuando me acerqué a su rincón de trabajo, donde estaba la máquina de moldes, testigo del paso del tiempo de mi padre, me quedé estupefacto al comprobar que el escritorio que utilizaba en su trabajo era el mismo que apareció en mis imágenes. Me pregunté por qué vislumbré esa mesa tan antigua. En ella había un cajón con un candado. Abrí la bolsita que me habían dado en la empresa con sus pertenencias y allí había una llave con la cual abrí el cajón. Habían fotos de nuestra familia. Pero lo que más me sorprendió fue descubrir unas redacciones mías del colegio y unos relatos que yo escribí a escondidas para una revista literaria y que un día, haciendo limpieza, arrojé a la basura. No podía creerlo. Estaban allí. Mi padre los rescató y los conservó. Él sabía que me gustaba escribir. En el fondo del cajón había una carta, metida en un sobre a medio cerrar. Llevaba escrito: *Para Fran (cuando lo creas necesario)*. No sabía de qué se podía tratar, pero al no estar cerrada del todo, y mi curiosidad por saber a quién iba dirigida hizo que empezara a leer:

“Querido Fran, soy tu abuelo Tito. Me encuentro aquí en mi trabajo. Hoy tengo turno de noche. Aprovecho mi descanso para escribirte. Hoy estoy muy triste. He discutido con Santiago, tu padre. Me culpa de todo lo que le ocurre.

Sé que he cometido muchos errores, pero lo quiero con toda mi alma y daría mi vida por él. Muchas veces me pregunto dónde estuvo el punto de inflexión en nuestra relación y creo que tengo

la respuesta. Todo cambió a partir del accidente de moto que tuvo hace años cuando le negué que viera a tu madre siendo novios, pues tenía que estudiar para los exámenes. A partir de ahí todo cambió. Se recuperó muy lentamente y quizás siempre me ha visto culpable del accidente.

Recuerda Fran, si alguna vez llegas a un punto donde piensas que vuestra relación se ha deteriorado, y no puede haber marcha atrás, ve hacia él, abrázalo y exprésale lo mucho que lo quieres. Porque estoy seguro que él te quiere muchísimo. No dudes de su inmenso amor hacia ti.

Es mi ídolo, estoy muy orgulloso de lo que escribe, espero que sigas sus pasos.

Te mando un abrazo fortísimo. Estoy deseando verte.

Tu abuelo Tito.”

No pude decir nada. Cogí todas las pertenencias, incluida la carta, y me fui. No se lo comenté a ningún miembro de mi familia.

Al día siguiente en el Teléfono de la Esperanza, comprobé el listado de llamadas recibidas las últimas semanas hasta ver las que yo atendí aquellos días cuando mi padre se encontraba ingresado, las dos llamadas en cuestión fueron realizadas a la misma hora a las diez y treinta y tres.

Cuando llegue a casa de mis padres, leí toda la documentación del fallecimiento y allí me sorprendí al ver lo que presentía, la hora de su fallecimiento: las diez y treinta y tres.

A veces las personas nos creamos una especie de amnesia forzada para evitar acordarnos de malos momentos de nuestra vida que nos han paralizado el alma. A mí me ocurrió con mi accidente de moto y ahora empezaba a recordar todos aquellos momentos vividos los cuales llegaré a superar algún día, pues he comprendido que mi padre vivirá en mí para siempre.

Punto de fuga

Nadia Sous

No es difícil decir lo siento. Lo-sien-to. Tres sílabas. Te puedes concentrar, tratar de no pensar en el orgullo que te impide soltarlas, y dejarlas salir de tu boca. No quiero escuchar el por qué. Solo esas dos palabras. Venga, inténtalo: lengua en el paladar, dejas escapar el aire entre tus dientes y acabas con un golpe seco. “Looooosssssienttttto”. Dímelas y me agarraré a ellas como a un maldito clavo ardiendo. Creeré que verdaderamente estás arrepentido, que fue un desliz, que me quieres... Me taparé los ojos y te seguiré ciega y fiel; sin hacer preguntas, ¡te lo juro!

Pero por favor, solo una vez, necesito oír las.

Nada. Solo un pitido regular indica que sigues respirando. Observo tu cuerpo inmóvil y me pregunto por qué continúas con vida. Siempre decías que todos tenemos una misión en este mundo. ¿Es cierto, Ártur?, ¿por eso no te has marchado aún?, ¿por eso sigues con los ojos abiertos?

Esos ojos me miran como siempre lo han hecho: desconectados. Aunque ahora... simplemente, descansan, abiertos, a eternidad y media de distancia, hacia un punto de fuga. Se pierden entre los vértices de mis fronteras, pero nunca penetran. Hace mucho tiem-

po que dejaron de colarse en mí. Solo llegan, se detienen en la superficie y, manteniéndose en la comodidad de una imagen familiar, se adentran en la inconsciencia de tu mente, de una realidad que nunca ha sido nuestra; únicamente tuya.

Resulta gracioso. Sí, en el fondo tiene mucha gracia, de verdad. Ya sé que a ti, ahora mismo no te lo parece, pero es irónico ver a esa mujer al lado tuyo, respirando por una máquina igual que la tuya, conectada a la vida con las mismas posibilidades que tú.

¿Quién es? ¿Desde cuándo la conoces?

Ni un parpadeo, ni un cambio en el ritmo cardíaco... Nada. ¿Me escuchas? ¡Ártur!

—Dígame —A las ocho y treinta suena mi teléfono.

—Buenos días. ¿Podría hablar con doña Ana Martín? —preguntan al otro lado de la línea.

—Ya lo está haciendo —Digo, duramente, pensando que es uno de esos comerciales de telefonía móvil.

—¿Es usted la mujer de Ártur Penedés?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Le llamo desde el Hospital Clínico. Lamento informarle de que su marido acaba de ser ingresado en estado de coma por una inhalación tóxica.

—¿Cómo? —desabrocho el primer botón del cuello de mi camisa.

—Señora, ¿podría usted acercarse al hospital en estos momentos?

—¿Qué?, pero... —“estoy trabajando”, es lo primero que pienso— ¿Qué ha pasado?, ¿cómo...?

—Su marido ha sufrido una intoxicación grave y ahora mismo está en la unidad de reanimación. Cuando venga, le informaremos de todos los detalles.

Acabo de viajar desde tus ojos. Resulta fácil cuando la persona de enfrente no dice nada. ¿Por eso lo hacías?, ¿porque ya no teníamos nada nuevo que contarnos? Ahora sí que tendríamos un buen tema de conversación, ¿eh?

—¿Es usted la señora de Ártur Penedés? —Me interroga un hombre de blanco, después de haber intercambiado unas palabras con

un hombre de verde.

—Sí. ¿Cómo está mi marido?, ¿qué ha ocurrido? —Noto cómo se encoge mi vientre.

—Se lo contaré todo en seguida, señora, pero antes, me gustaría hacerle algunas preguntas. ¿Vive usted, actualmente con su esposo?

—Sí, claro.

—Y... ¿cuándo vio usted a su marido por última vez? —Me cuestiona, con una mano en el bolsillo de su bata. Una bata impecable, a excepción de un largo hilo que asoma por un botón.

—Ayer. Regresé a casa a las ocho. Y justo en el porche, nos encontramos. Yo volvía y él se iba al trabajo. Nos cruzamos una vez más; no llegó a un minuto. Suele ocurrir esto algunas tardes por semana, cuando le toca turno de noches.

—Y esta mañana, ¿no se ha dado cuenta de que su marido no había regresado a casa?

Retuerzo mi anillo entre los dedos; sí, el de casada. Con el que me juraste amor y fidelidad. Y contesto fijando la atención en ese botón deshilachado, sin atreverme a levantar la vista. Carraspeo levemente:

—Ejem... Muchas noches se queda en la casita del cobertizo. Allí tenemos una cama. Así yo no le despierto al levantarme y él no me despierta al llegar. Ejem... Aunque algunas veces que no trabaja, también duerme allí. Dice que ese lugar le da tranquilidad. Le gusta llenarlo todo de velas e incienso.

—¿Comparten el mismo automóvil, señora?

—Mi nombre es Ana, puede tutearme —digo mientras me abotoño el cuello de la camisa —Cada uno tiene su propio vehículo. Por favor, ¿Podría explicarme lo ocurrido?

—Verás, Ana —dice, sacando su mano del bolsillo. Me toca el codo y me habla con afinidad —encontraron a Ártur, a las seis de la madrugada, en un polígono industrial, fuera de la ciudad. Estaba dentro del coche. Por lo visto, puso la calefacción con el motor apagado, o hubo alguna fuga y el gas le produjo una intoxicación pulmonar.

—En un polígono industrial, ¿fuera de la ciudad? —Pregunto, sin variar mi tono de voz. Noto cómo se me acelera el pulso y mis manos acuden al botón del cuello —Y, ¿dice usted que lo han encontrado a las seis de la mañana? Discúlpeme, eso no tiene ningún sentido.

—Hay un dato más. Su marido no estaba solo —mis ojos acuden a los suyos, y los suyos se refugian en una de las pecas de mis tobillos— Han hallado a una mujer junto a él. Ella presenta los mismos síntomas de intoxicación. Lo lamento.

Laura parece más joven que nosotros. Así me han dicho que se llama. Laura, ¿no? Me pregunto cómo la llamas tú. Puede que simplemente Laura, por su nombre. Como a mí: Ana. Nunca hubo un “mi vida”, o un “tesoro”, o un “meloncito mío”... Recuerdo una temporada que te dio por llamarme “miss butterfly”. ¡Éramos tan jóvenes! Decías que me movía ligera y que siempre andaba de un lado a otro, como las mariposas que revolotean entre las flores. Pero eso fue ya hace mucho. No es que me importe, a mí siempre me gustó ser Ana, a secas. ¡Cómo ha pasado la vida, Ártur! ¿Y ella? Nadie ha venido a visitarla aún. Dicen que estaba desnuda. Desnuda como tú. Desnuda en nuestro coche.

—¿Señora Martín? —al descolgar escucho una voz que ya he oído antes.

—Soy yo.

—Aquí el agente Ortiz, hemos hablado hace un rato.

—Sí, dígame.

—Hemos encontrado un bolso en el vehículo de su marido. Suponemos que es de la señorita que lo acompañaba. Se llama Laura Rialta, ¿le resulta familiar?

—Es la primera vez que lo escucho.

—Tratamos de encontrar a algún familiar suyo. La avisaremos si descubrimos algo nuevo.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Señora Martín! ¿Puedo hacerle una pregunta?

Guardo silencio hasta el final.

—¿Cree usted que su marido podría tener alguna razón para intentar suicidarse?

Ártur, los policías me preguntan si podría tratarse de un intento de suicidio en pareja. Dime que no estás tan loco. Júrame que si quisieras irte con ella, elegirías un lugar más cercano. El más allá es demasiado lejos. Yo nunca creí en eso, pero tú...

¿Cuál fue nuestro problema, Ártur? Fue por la niña, ¿verdad? Sí, a partir de ahí cambió todo. Puede que te refugiaras en Laura para dejar de verme sufrir. O para buscar esa luz que no encontrabas en mí. Por eso paraste de mirarme, y ya casi no eras capaz ni de distinguirme. ¿Por qué no te marchaste con ella? Supongo que siempre fuiste algo cobarde. Créeme, de haberlo sabido, te hubiera obligado a ser feliz.

—Señora Martín, le habla el agente Ortiz, de nuevo.

—Sí. Dígame.

—El incidente lo provocó una pequeña fuga en los conductos de la calefacción. Las pruebas excluyen el intento de suicidio. Fue imposible que lo manipularan. Se quedaron inconscientes de manera fulminante. Tiene suerte de que sigan con vida.

“¿Suerte?” he pensado. Y me han desbordado miles de ideas tras esa pregunta.

—Gracias, agente.

Valeria es un nombre precioso. ¿Recuerdas? Así es como nosotros hubiéramos llamado a nuestra hija, de haber nacido. A ti te encantaba. Aún llevo el medallón que me grabaste con sus iniciales. Qué diferente hubiera sido nuestra vida de haber conservado mi útero.

¡Pff! El olor a hospital apesta a malos recuerdos.

Observo respirar a Laura. Qué bonitos rizos rojos. En condiciones normales, debe ser bastante guapa. Un momento, ¡su pulso se está acelerando! La línea, casi continua, ha empezado a oscilar y la máquina está emitiendo un sonido extraño. Unos hombres de verde llaman a un hombre de blanco y me invitan a abandonar la sala.

Ártur, espero fuera.

Espero...

Sale un médico. Se quita la mascarilla. Se dirige a mí, con mirada neutra:

—Laura Rialta ha fallecido.

Ártur, lo siento. De veras que me duele. Ártur, ¿me oyes? Quisiera poder abrazarte y consolarte. Ni siquiera sé cómo te afecta esto. Si hablaras, puede que me dijeras que ella finalizó su misión en la Tierra. Me contarías que solo es su cuerpo el que ha dejado de latir, pero que su alma sigue existiendo en algún lugar y que, desde allí, analiza todas las experiencias que le ha regalado la vida, para aprender de ellas. Y, si hablásemos, como tiempo atrás, me dirías que el universo es mucho más que este planeta y este momento. Y tratarías de convencerme de que, cada uno, recibe lo que necesita.

Supongo que ahora sabes muchas más cosas que antes. Así que, me explicarías que existe el karma, la reencarnación, la energía... Y que todo se transforma. O algo así. Y yo admiraría tu desapego.

Probablemente, si charláramos durante largas horas, como solíamos hacer, te rebatiría, hablándote del presente; de que la vida no es más que lo que vemos y que después de esta, no hay nada. Que si tuviéramos lo que nos merecemos, yo sería madre y tú, una persona feliz. Seguramente, tú sonreirías y pensarías para tus adentros que algún día, el universo me haría comprender. ¿Quién sabe, Ártur? Puede ser.

Una mano se apoya en mi hombro cansado. El doctor Vincent me aborda con ternura. Y desde lo alto, me llega su cálida voz:

—Ana, ¿por qué no te marchas a descansar? Estate tranquila, yo personalmente te llamaré si se produce algún cambio —su botón sigue deshilachado.

Artur, estoy llorando. Ahora lo comprendo todo. He conocido a Laura. Ha sido tarde, pero sé de ella lo suficiente para entender lo que os unía. Me cuesta aceptar que lleváseis juntos, tanto tiempo; pero lo veo todo claro. ¿Me escuchas?

—Dígame, agente Ortiz —respondo, ojerosa.

—Hemos localizado al único familiar que parece tener la señorita Laura. Se encuentra en Francia.

—¿Y ya se han puesto en contacto con esa persona?

—Verá, señora Ana, hay un dato que quizá desconoce sobre su marido.

—¿Otro más? Hable, por favor.

—¿Está usted sentada?

Hoy me miras de diferente manera. Tus ojos están presentes, como si quisieras comunicarte conmigo. Y por primera vez en mucho tiempo, nos observamos durante un rato. Nos reconocemos. Y noto como tus pupilas atraviesan los muros de mis retinas y se cuelan en mi interior. Gracias. Sí, soy afortunada de que sigas aquí. También contemplas mi medallón. Por fin te comprendo. Tus labios parecen querer moverse. Acercó mi oído a tu boca y tu pulso se acelera.

—Shhh... —te susurro— Descansa.

Suena mi teléfono de madrugada.

—Ana, soy el doctor Vincent. Lo siento, Ártur acaba de fallecer. ¿Ana? ¿Estás ahí?

Antes de que el tren se ponga en marcha, Valeria posa su mirada en mis zapatos. Yo recuerdo la puntita de óxido que afea mi hebilla. Pero por un sutil brillo en sus ojos, me doy cuenta de que en realidad no los contempla. Ese es su punto de fuga. La ranura por la que, probablemente, su mente ha decidido abrirse un hueco y escapar a una realidad de color púrpura, llena de mariposas, juguetes de madera y pompas de jabón que explotan sobre sus brillantes rizos rojos. Cada vez me recuerda más a ti.

Cuando he vuelto en mí, ya íbamos por París. Y he caído en que mi mirada también llevaba un rato perdida en una mancha de su diadema.

Hemos pasado un rato viajando en paralelo, como las vías de este tren. En la misma dirección, pero sin tocarnos. Y me ha gustado pensar que quizás, esa era la segunda cosa que teníamos en común: tú y ese placentero punto de fuga.

Gracias, Ártur.

Resurgir de una agonía

María Rubio del Amor

Al principio sabía que la gente creía en ella, pero a estas alturas, nada tenía claro. Había decepcionado a todo el mundo, y lo peor es que ahora, ella misma estaba cayendo. Solo esperaba a ver si podía superarlo, pero ya no iba a ser una alegría, en todo caso, podría ser un “¡Uf!, por fin has llegado al final”. Eso no le ayudaba en absoluto, porque al principio sentía la necesidad de hacerlo, no por ella, sino por los que confiaban en que era capaz, aunque ya no creía ni en eso.

Todo el mundo le decía lo mismo: “Venga hija, esto hay que terminarlo, que ya está bien, que tienes que trabajar”. Y cuanto más lo oía más se odiaba a sí misma. Le daba vergüenza saber la nota de un examen por si no lo había superado, le daba vergüenza hablar de lo que estaba haciendo porque se sentía una inútil, incapaz de cumplir con su responsabilidad: “Si solo son cinco asignaturas, eso está hecho”. Es muy fácil decirlo, y sabía que hacerlo también, pero para ella era lo más difícil del mundo.

Solo la envolvía una sensación positiva cuando desmontaba su kit de estudio (una vez más), para volver a analizar en qué estaba fallando (una vez más). Empezaba bien, con ganas, pero era cues-

tión de minutos el sentir la angustia, el aburrimiento, la desidia (una vez más) de no poder y entonces, volvía a caer en la rutina (¡una vez más!).

A veces se engañaba a sí misma diciéndose “Sí, esta vez voy a poder”, y se hundía cuando veía que no llegaban los buenos resultados. “¡Es angustioso ponerse a estudiar, y después de dos horas, darte cuenta que solo han corrido dos páginas de los apuntes. Dos malditas páginas!” le decía a su padre cuando no podía estudiar. Para que se animara y viera que no era el fin del mundo, él rebuscó entre sus cosas y le dio a leer un papel que había escrito años atrás, siendo estudiante. Le pedía a los Reyes Magos que lo ayudaran a resurgir de la agonía que sentía en su interior. Era su manera de decirle que todos los que estudian pasan por esa angustia del no poder seguir adelante.

Ella siempre llevaba un cuaderno donde escribía sus sentimientos. Un día quiso compartirlo con él, pero... quizás fuera por el miedo que le dio releer sus reflexiones negativas, pero el caso es que los tiró al fondo del cubo de basura, para que no salieran más a la luz.

Recordaba perfectamente uno de esos días. Se puso el despertador temprano para levantarse y planificar sus horas de estudio, pero no fue así; tras la melodía de la alarma había en su cuerpo una pesadez extrema que no la dejaba arrancar el motor para empezar el día, así que, sin más, desconectó y siguió durmiendo.

Pasaron varias horas y al abrir los ojos de nuevo, vio que el sol estaba bastante alto. Decidió levantarse, aunque sin muchas ganas (ya notaba que el día no mejoraría), desayunó y, para evitar sus obligaciones, buscó una excusa como otros tantos días; ¿cual mejor que ordenar su habitación y sus apuntes para ocupar el resto de la mañana? Llegó la hora de la comida, y para olvidarse de sus torturas mentales decidió cocinar algo rico, al menos así se sentiría productiva en algún sentido. Siempre que se encontraba frustrada le daba salida a ese mal humor cocinando, ¡le encantaba! Se ponía su música favorita a todo volumen, se liaba un cigarrillo y se abría una cervecita bien fresca. Preparaba todos los ingredientes, ordenados conforme iban a ser utilizados, se ponía el delantal que su abuela le había bordado y, ¡manos a la obra! Ese día tenía que cocinar algo alegre y colorido, por lo que decidió que no había nada mejor que preparar varios platos que terminaran por parecer

un collage de dibujos de un niño entusiasmado. De primero, unos champiñones rellenos con un toque de parmesano, al horno, y en 15 minutos listos para ser devorados; de segundo, unas berenjenas salpicadas de salsa de tomate y atún, con queso apuntillado, tostado en el horno a fuego lento; como plato fuerte, unas ricas patatas a la nata con mozzarella derretida; y de postre, un estupendo hojaldre relleno de chocolate negro con almendras y trocitos de caramelo. Una deliciosa comida para recuperar el humor. Llamó a sus amigos más queridos y los deleitó con ese menú. Viendo el resultado pensó que quizás valía para algo más de lo que ella creía.

Cuando terminaron de comer y se marcharon, aunque se sentía algo más animada, seguía sin tener fuerza de voluntad, así que prosiguió con la tarea de ordenar papeles (por cuarta vez ese mes), y entre tanto, se paró a pensar en escribir sus sentimientos. Pero era tal la angustia que recorría su cuerpo, que no fue capaz de hacerlo. Decidió, entonces, releer sus reflexiones, y para variar, terminó mojando esas páginas con la rabia de sus lágrimas; caían como las primeras gotas de lluvia en un día nublado y gris. Esa rabia contenida la llevaba a gritar y a pegarle a los cojines con fuerza; lo hubiera hecho contra la pared, pero sus nudillos peligraban de ser dañados, y ella, de ser acorralada con preguntas que no le apetecía contestar. Así pasaron las horas de la tarde y el sol comenzó a esconderse detrás de los edificios de la ciudad. Así pasó un día más, sin aportaciones positivas para sí, y con esa angustia convertida en aburrimiento y desgana por cumplir con su tarea.

Llegó febrero e intentó de nuevo cambiar el chip. Estudió como si fuera la primera vez, dejó a un lado la frustración y el odio que le había tomado a esas malditas asignaturas que la perseguían y la arrastraban a la insatisfacción. Estudió horas y horas sin dejar paso al decaimiento, solo era cuestión de dejar de ocupar la mente en eso para caer en picado, y no podía permitírselo. El año anterior había sido muy duro, se cogió las cinco asignaturas que le quedaban para acabar por fin y licenciarse, y los problemas exteriores y su bajo estado de autoestima pudieron con ella. Solo fue capaz de sacar una adelante, ¡y con un sobresaliente!, pero no compensaba lo demás, así que fue cayendo y cayendo hasta hundirse en el fango de la vergüenza y de la desidia. Y no quería por nada del mundo que este año fuese igual, por lo que tenía que limpiar

la mente de conceptos negativos y devorar las páginas de sus apuntes. Y eso hizo; con sus más y sus menos, porque no es fácil aparcarse todo eso, confeccionó un excelente horario de estudio y lo cumplió a rajatabla. Hizo sus exámenes, eso sí, iba a la facultad asustadísima por tener que enfrentarse de nuevo con algo que la había vencido y angustiado permanentemente durante una larga temporada, pero con el optimismo de haber franqueado la barrera y haber estudiado lo suficiente.

Como los profesores de universidad no son precisamente los corregidores exprés de estos tiempos, la tuvieron en vilo durante un mes hasta descubrir lo siguiente:

—No has aprobado ningún examen de este cuatrimestre.

—¿Cómo...? —Su cabeza no dejaba de darle vueltas, sus entrañas se retorcían pensando que eso era imposible. ¿De qué habían servido todas esas horas de estudio? ¡De nada! Y en su mente se repetía la misma frase: “No has aprobado... no has aprobado... no has aprobado...”. La consecuencia inmediata: volver a pensar que no valía para nada y que era inútil todo lo que intentara hacer. Volvía a resurgir la angustia y pensaba, otra vez más, que estaba perdiendo el tiempo, y nada más.

Cuando se enteró de los resultados estaba estudiando en casa, no quería perder el hilo que había conseguido tomar antes de los exámenes pero, no pudo más, y explotó. Los papeles se esparcieron por el salón y sus lágrimas se dispararon desde sus coloradas mejillas. Se tiró por el suelo y lloró como si alguien acabara de morir. Le había ocurrido varias veces y todas ellas pensó que ese asunto la iba a volver loca. Se le encogía el pecho, se le resaltaba la vena de la frente y la rabia empezaba a crecer; crecía, crecía y de repente, ya no aguantaba más; se levantaba de su mesa y se ponía a dar puñetazos a las puertas, patadas a las paredes, a gritar como una desquiciada.

“Ya no puedo más, ya no puedo más... Esto va a acabar conmigo. No quiero estar haciendo esto... No me siento capaz... ¿De qué me sirve dejar a un lado mis miedos e intentar creer en mí misma si no obtengo resultados? —Se preguntaba continuamente— Esfuerzos inútiles y vanos, es lo único que hago”. Y así, se quedó sin fuerzas para resurgir de esa mierda en la que se encontraba

metida. Y nadie podía ayudarla. “Nadie puede hacerlo por mí, ¡ni yo misma!”

Después de ese nuevo golpe, nada positivo. “Ojalá el objeto mágico del cuento pudiera convertirse en real y estuviera en mis manos. Ojalá tuviera una lámpara mágica para pedirle un deseo: compensa mi esfuerzo para que pueda ser feliz”. Lo que le podía aún más era el pensar “no sé si quiero acabar la carrera porque es lo que me gusta, o para salir del tormento”. Le atormentaba la idea de no saber si iba a poder dedicarse a un trabajo que le encantaba pero que había aborrecido por culpa de esos malditos años inútiles. Se paraba a pensar en todo el tiempo que había perdido y se le partía el alma. Se estaba destruyendo lentamente.

Pasaron varios meses en los que consiguió de nuevo retomar las fuerzas para seguir; aún quedaba junio y septiembre, y lo único que necesitaba era un poco de motivación. No tenía ni idea de dónde la iba a sacar, pero sabía que solo ella podía hacerlo. Se lo planteó de la siguiente forma: “Si tengo las ganas y me busco la manera adecuada, puedo conseguirlo”. Y así lo hizo. Rebuscó entre los amigos, no tenía muchos, pero siempre había pensado que esos pocos eran los mejores. Su chico se encargó de animarla y hacerla creer que era posible, él la conocía muy bien y siempre le había dicho que era capaz de mucho más, y que eso no tenía que poder con ella, “porque tu sonrisa es lo más bonito, *hippy-bonica* y si se borra, yo me borro con ella”, le decía clavando en ella su penetrante mirada. Le encontró un profesor de italiano magnífico, ¡qué mejor que un nativo de sesenta y siete años colmado de historias y de cultura y, sobre todo, ansioso por “parlar” su idioma! Y mejor aún, un amigo empapado en idiomas muertos que la obligaba a hacer rebuscadas frases en latín día sí y día también.

Se lo volvió a plantear y esta vez no iba a fallar. Todo el maldito verano encerrada en un caluroso cuarto, pasando páginas de diccionarios, y peleándose con la gramática italiana; tenían que servir para algo... Llegó septiembre, dejó atrás el pánico que le producía enfrentarse a un examen, y aunque no paró de temblarle el pulso durante cada una de las pruebas, llegó al final. Terminó la carrera y por fin respiró satisfecha. Había conseguido que la gente volviera a creer en ella y, sabiendo que aún le quedaban muchos años por delante y que tendrían que pasar, quizás, cosas mucho peores

Resurgir de una agonía

en su vida, no pudo hacer otra cosa que dibujar una gran sonrisa en su rostro mientras se acercaba al lugar de costumbre a tomar unas cervezas con sus pocos pero inmejorables amigos.

Salvado por el teléfono

Carmen Carrasco García

Carlos salió del colegio, se despidió de su amiga Marien, y se dirigió a su casa. Caminaba despacio, y aunque iba absorto en sus pensamientos, no le impedía entretenerse con lo que encontraba a su paso: esturrear por la acera el contenido de alguna papelera, azuzar al perro del señor Andrés para que ladrara frenético, pisotear sin querer el cuidado jardín de la señora Engracia... pero su mente estaba en lo que tenía que estar: “Dentro de una semana cumpliré diez años. Ya soy todo un hombre, hasta mi abuela lo dice. Le pediré a Marien que sea mi novia, y en mi fiesta de cumpleaños, le diré a mis padres y amigos que nos vamos a casar; bueno... si mi madre no me mata antes. No quiero ni pensar cuando me vea el siete que llevo en el pantalón del uniforme, porque no creo que ella entienda que ha sido por culpa de ese pijo de Fran. Pero no pude evitarlo. Me dijo que me fuera preparando porque me iba a quitar la novia, ¡pues qué remedio!, tuve que arrearle una manta de puñetazos; claro, que él también me dio a mí lo mío. En fin, a ver qué pasa.”

—¡Mama. Ya estoy aquí!

Al escucharlo su perro Bobby, echó a correr escondiéndose debajo

de la cama.

—Deja la cartera en tu habitación y ven a la cocina inmediatamente —gritó su madre con una voz que no presagiaba nada bueno.

En un santiamén, Carlos se quitó el pantalón, puso unos caramelos en el bolsillo, y se los tiró directamente al hocico del perro.

—Lo siento Bobby, tiene que parecer que has sido tú. A cambio te prometo que no te pisaré más el rabo ni te daré a oler la pimienta.

Bajando las escaleras Carlos pensaba: “¿Qué me tendrá que decir? Todavía no ha visto las notas, ni el pantalón. Al señor Andrés y a la señora Engracia no les ha dado tiempo de llegar con sus quejas... A no ser que mi madre sea adivina... Sí, seguro que se ha vuelto adivina”.

La madre le ordenó sentarse y, con cara de malas pulgas, le puso delante de los ojos una factura de teléfono.

—¿Qué es esto?, ¿se puede saber lo que has hecho?

Carlos se acercó y entre un guirigay de números y letras, no vio nada que se refiriera a él. No supo que contestar, así que se encogió de hombros.

—¡Esto son treinta llamadas al número 905446655!, ¡quinientos euros!”. Si yo no he sido, y papá tampoco, ¡solo quedas tú! —exclamó la mujer mientras aporreaba el papel con la mano.

Carlos bajó la cabeza para que no descubriera el pensamiento: “Y yo que pensaba que esto no era importante...”

El timbre del teléfono le salvó de la embarazosa situación.

—¡Dígame! Sí, es aquí. ¿Pero están ustedes seguros, no se habrán equivocado? Si, claro... claro.

Con el teléfono todavía en la mano, con voz temblorosa, pero con cara de contenta, la mujer se dirigió a Carlitos y lo abrazó.

—¡Nos ha tocado una casa frente al mar! —gritó eufórica mientras lo besaba frenéticamente.

Carlitos salió de la cocina diciendo para sí: “Pero qué raros son los mayores”.

Terapia para tragedias anónimas

Eva María Serrano López

El mendigo se removió entre sus periódicos en la esquina de la calle Platería. Hacía frío y olía a carne asada.

—¡Jodida Noche de Paz! —masculló entre dientes.

Cerró los ojos e intentó dormir pero, “¿para qué?” —se dijo. Si cada mañana que despertaba sentía que el invierno volvía a comenzar. Cuando los abrió de nuevo, tropezó con otras pupilas diminutas que lo examinaban con interés.

—¡Coño, un enano!

—No soy un enano —reprobó Turfindal— soy un duende.

—Lo que tú digas, hombre —recuperó el cartón de vino que había vaciado hacía poco y añadió para sus adentros— Estaría caducado, porque no he bebido mucho.

—¿A qué viene ese humor tan agrio en Navidad? —inquirió Turfindal.

—Debe de ser por mi dieta, ¿sabes? —y le dejó ver sus contados dientes teñidos de nicotina en un amago de sonrisa— Además, la Navidad solo existe para los ricos. La gente como yo no sabe lo

que es eso. La única diferencia que encuentro es que hace aún más frío que en el resto del año, para colmo. Por lo demás, esta noche me parece exactamente igual que las otras.

—Para mí no. Esta noche es la de más trabajo de todo el año, porque tengo la obligación de hacer feliz a todo aquel que se sienta desgraciado.

—Pues que tengas suerte —y apoyó su cabeza en la helada pared de piedra.

—Veo que eres uno de esos casos difíciles, que huyen de la ayuda.

—¿Ayuda?! —repitió el indigente encendido— Hace tiempo que aprendí a vivir sin ella. Cuando te caes y nadie te ofrece la mano, tienes que apañártelas tú solo si quieres levantarte del suelo. Supongo que en la vida es lo mismo.

—Ya, y por lo que veo tú decidiste seguir tirado en el fango.

El mendigo se encogió de hombros.

—¡Bah!, será la costumbre —parecía concentrarse en el bote de cerveza aplastado que estaba a unos pocos metros—. Ahora que sacas toda esta mierda de la felicidad, el amor y blablabla, ¿sabes cuántas navidades he tenido?

El duende no pronunció palabra, pero lo miró esperando su respuesta.

—¡Ninguna! —corroboró la sospecha del personajillo— La guerra me las robó todas. O por lo menos, las mejores de mi vida: las de la infancia.

Turfindal reflexionaba silenciosamente.

—*Praetéríta mutare non possumus*⁴... —se dijo tristemente. Pero, de repente, una idea nació en el fondo de su mirada— ¿Y qué te parece si te regalo una Navidad? Pero una de esas que respiran la verdadera ilusión; la ilusión de un niño. Propongo resucitar tus mejores navidades, las que dices que se echaron a perder. ¿Qué me dices?

El mendigo parpadeó atónito y resolvió:

4 *Praetéríta mutare non possumus*: No podemos cambiar el pasado (Cícero, *In Pisonem* 25).

—Definitivamente el vino estaba caducado —pero ante la mirada de reproche del duende, se apresuró a corregir—. Venga, de acuerdo. Siempre me han gustado los trucos de magia. Algunos de los que hacen mis colegas te dejan con la boca abierta. Pero ni aún así la gente les tira unas moneditas. ¡Qué asco de mundo!

Turfindal movió la cabeza en señal de desaprobación. Sin embargo, no quedaba tiempo para charlar más; tenía que darse prisa. De manera que la lluvia dorada los bañó al tiempo que su esplendor eclipsaba la luz de las farolas. Primero caía rabiosamente, y era como si los mordiera. Después, con suavidad; y entonces parecía que los acariciaba. Cuando cesó, allí no había ningún mendigo. En su lugar, un niño le estudiaba fascinado. Él le guiñó un ojo; el niño le respondió con una sonrisa. Las pisadas de los tacones pusieron sobre aviso al duende. Una mujer de mediana edad apareció al final de la calle.

—¿Dónde te habías metido? Vamos, todos nos están esperando.

Una vez se hubieron alejado cogidos de la mano, Turfindal salió de su escondite tras la papelera. El niño se volvió todavía una última vez, buscándolo. Y este, antes de desaparecer, susurró, consciente de que nadie podía escucharlo:

—Feliz Navidad.

Se volvió a aparecer en la Plaza Europa; pero como no quería llamar demasiado la atención, recorrió el resto del trayecto a pie. Así que bajó por la calle de las Balsas y llegó hasta Santa Eulalia. Echó un vistazo alrededor. Sí, aquel era el edificio. Sacó entonces su reloj de bolsillo, donde la aguja mayor marcaba dos minutos más de lo que él esperaba. No le agradaba en absoluto llegar tarde, y subió las escaleras renegando entre dientes. Una vez en el rellano, golpeó la puerta con sus minúsculos nudillos. Agudizó el oído y escuchó pasos que se acercaban. Luego, la puerta se entreabrió apenas para que unos ojos se asomaran tímidamente.

—Buenas noches, Alicia —exclamó Turfindal lo mejor que pudo, dado que no estaba habituado a la efusividad—. ¿Puedo pasar?

Alicia dudó; no obstante, la puerta se abrió por completo. La siguió hasta el salón, donde se subió de un salto a una silla que estaba frente a ella.

—Tenía ganas de verte, Alicia.

Ella bajó la mirada y no respondió. Tenía ojeras, la cara pálida y un moratón en el pómulo izquierdo. Seguía guapa a pesar de todo.

—Huele muy bien —percibió Turfindal— ¿Qué es?

—Pastel de manzana —replicó ella con un hilo de voz.

—Ummm... —se relamió.— ¿Serías tan amable de servirme un trocito?

Alicia se agitó en el sofá; parecía vacilar.

—Yo... bueno, es que... es que él podría enfadarse...

El duende la observó atentamente. Jugaba con sus manos temblorosas como si no supiera qué hacer con ellas.

—¿Dónde está él ahora? —indagó el duende balanceando sus pies.

—Pues, sigue abajo, en el bar... —la agitación fue en aumento— Pero la cena ya está preparada para cuando vuelva, aunque no sé si he hecho bien porque quizás se enfríe y entonces él se enfadará igualmente.

—Alicia, Alicia... —la silenció, corriendo a su lado— No es culpa tuya. Él está siempre furioso. Le irrita todo, hagas lo que hagas.

—Él dice que le saco de sus casillas —con la mirada perdida, parecía no escuchar—. Que le obligo a hacerlo, que tiene que enseñarme.

—¡Te acobarda, te humilla, te desgasta! —estalló Turfindal, con los ojos centelleantes, a la vez que limpiaba el llanto de la mujer.

Fue en ese momento cuando Alicia reaccionó.

—Me invade el pánico con solo acordarme de su mano; me hace sentir torpe, inferior; no permite que le contradiga —el duende entendió que no se lo había dicho nunca a nadie—. Vivo, pero muerta.

Turfindal la cogió del brazo, fue apenas un roce pero ella hizo una mueca de dolor.

—Sabes que podemos cambiar eso.

Alicia se estudiaba los zapatos; luego levantó la vista y, mirando al duende, aseguró:

—Ojalá no lo hubiese conocido nunca. Debería haber un ensayo de vida, para que cuando nos equivocáramos, pudiésemos volver atrás y corregirlo.

—*Dum vita est, spes est*⁵ —le contestó tiernamente—. Solo tienes que venir conmigo.

Se quebró el silencio. De repente, sonó la cerradura. La mirada de ella se dirigió a la puerta. Temblaba.

—Alicia, coge mi mano —le suplicó Turfindal.

Y apareció el otro: la camisa por fuera, los ojos rojos, ebrio como tantas otras veces.

—¡Alicia, vámonos!

Aquel maldito se acercaba y sudaba.

—¡Alicia!

Alicia agarró su mano y ambos fueron envueltos por el polvo dorado. Cuando los pies de Alicia volvieron a tocar el suelo, la cabeza todavía le daba vueltas. Le sonaba ese lugar, pero no lograba recordar de qué. El camarero se acercó a ella.

—Aquel señor dice que le invita a su café.

Sabía que no era necesario volverse para comprender que se refería al café que llevaba seis años pagando con su vida, pero lo hizo. Y en aquella mesa junto a la ventana estaba él, con su sonrisa de lobo, simulando ser buena persona. “Pero no me engañarás dos veces”, se prometió. Se aproximó decidida hasta su antiguo marido y dejó caer unas monedas sobre la mesa.

—Tengo prisa.

Y abandonó la cafetería, sonriendo sus labios y su alma.

Anduvo por la calle solitaria, repasando sus tareas, mientras se colocaba los auriculares. “*So this is Christmas, and what have you done?*” le susurraba John Lennon al oído. Bueno, podía estar satisfecho, se dijo. Todavía le esperaba aquella mujer que salió de la tienda contando el dinero insuficiente para la muñeca de su hija, el niño frente al escaparate de luces y sueños, y el anciano peleado con sus hijos desde hacía años.

5 *Dum vita est, spes est*: Mientras haya vida hay esperanza

Quedaban todavía muchas ilusiones por coser aquella noche y, sin embargo, mientras se cerraba un poco más el abrigo, al duende le pareció que ya no percibía tanto el aroma de la tristeza, ni el de la derrota, ni siquiera el de la carne asada; sino más bien el de la alegría y el de la esperanza. Olía a Navidad.

Un amor en una bolsa negra

Rosa Velasco González

Dunia, al despertar una mañana, sintió un temblor extraño, su cuerpo estaba frío y tenso. Salió de su casa sin ganas. Cuando subió al autobús, un hombre de mediana edad se le acercó y le arrebató la agenda donde llevaba anotadas las citas concertadas. Sin ella no podía desarrollar su trabajo. Cerró los ojos para recordar alguna de las citas allí anotadas. Imposible, los nombres y direcciones se amontonaban en su cabeza mezclándose unos con otros. Gracias al teléfono pudo contactar con Eladio, su amigo y confidente, que muy amable se ofreció para escucharla.

No sabía a dónde ir ni a quién recurrir. Sus jefes le exigían demasiado últimamente y estaba estresada. Recordó las palabras de Rafael, el gerente, que resonaban en sus oídos “¡Te vas allí o al paro!”.

Dunia no conocía la ciudad. La gente era amable y dicharachera, pero echaba en falta las comidas caseras de su madre y, a veces, se sentía como el perro abandonado que vio durante muchos días mirando un plato de comida. No conseguía olvidar al animal que habían abandonado sus amos junto a una autovía. El pobre estuvo allí hasta que finalizaron sus días.

Al pasar por el quiosco de prensa, se fijó en el titular de un periódico: “Intenta quemar viva a su mujer en el interior de su coche”. Recorrió los escasos pasos que le separaban de la casa de Eladio. En la terraza de una heladería había un hombre sentado que leía un libro de Kafka. Este, levantó la vista para mirar a Dunia, ya que era una mujer que llamaba la atención de los viandantes. Esa tarde se sentía espléndida: alta, de complexión fuerte, con el cabello pelirrojo ondeante con la brisa que llegaba del mar cercano. Él era un ser anodino y simple, delgado, de pómulos enflaquecidos y tez cetrina. Sus ojos parecían estar hundidos en un profundo abismo. Con gran osadía, le indicó una silla vacía junto a la suya, al mismo tiempo que le hacía un guiño cómplice. Sus miradas se encontraron y Dunia sintió un escalofrío. La del hombre, enigmática, se dirigió al suelo al sentirse rechazado. Su actitud no era la de una persona normal, parecía nervioso. Ella, asustada, aceleró la marcha sin dejar de mirar hacia atrás.

Al llegar a la calle dónde vivía Eladio, miró hacia el balcón. Las ventanas estaban cerradas, parecía que no había nadie en casa. Así que no se molestó en llamar. Era el único amigo en el que podía confiar. Los dos habían conseguido mantener una amistad sincera, estaban sin familia y se hacían compañía en los momentos de soledad. Cuando alguien les preguntaba si formaban pareja, ambos decían que se estaban conociendo poco a poco.

Ya se alejaba de allí entristecida y cansada, cuando el ruido de un carro de la compra llamó su atención. Era una mujer mayor de rostro afable que estaba introduciendo la llave en la cerradura del portal donde vivía su amigo.

—¡Espere, por favor! Necesito subir a la casa del vecino del séptimo B.

—¡Buenos días! —Se limitó a responder la señora mientras empujaba el carro, repleto de dulces y botellas de distintos licores, sin dejar de observar con curiosidad a la joven.

—¿Conoce usted a Eladio?

—No. Los vecinos apenas nos vemos. En el edificio hay pocas viviendas habitadas.

—¿Sí?, ¿y eso? —preguntó Dunia intrigada.

—¿No se lo ha comentado él? Mire señorita, hay momentos que mi cabeza no deja de pensar y me imagino que todos están muertos. Yo duermo poco. A veces escucho pasos, como si arrastraran algo pesado, incluso algún gemido lastimero ha motivado el que yo echara los cerrojos y pasara horas sin dormir. Después, todo es silencio y calma.

—¿No se vendieron todas las viviendas?

—No lo sé. En la inmobiliaria nos dijeron que estaban todas vendidas. Algunos propietarios vienen solo un mes al año, otros se han ido muriendo. Como ya le he dicho, no se dejan ver mucho. Mi marido también desapareció un día, ¡y mira que le he buscado!, pero no he dado con él.

—¿Lo denunció usted?

—Sí. Vino la policía. Me hicieron preguntas y más preguntas: que si nos llevábamos bien, que si se veía con otra, que si bebía, que si fumaba... en fin... esas cosas que vemos en las películas. Y se marcharon. ¡Ya sabe usted! Como somos viejos, nos dejan tranquilos. Nadie nos hace caso.

Dunia, sonrío mientras ve pasar los números de cada piso en el indicador del ascensor.

—¡Al fin hemos llegado! Este es el séptimo.

—Ha sido usted muy amable. Gracias, señora.

—De nada, señorita. Adiós.

Ella conocía muy bien el piso de su amigo. Al abrir la puerta cortafuegos, se extrañó al encontrar un sobre abierto en el suelo. Sintió curiosidad y comenzó a leer el papel que estaba en su interior: “Son muchas las dificultades que hemos compartido, muchos los secretos que ya no quiero seguir escuchando. Adiós. No me busques”.

Al levantar los ojos, observó que la puerta estaba entreabierta, la empujó levemente.

—¡Eladio, Eladio! ¿Dónde estás? ¡Venga, responde, no juegues conmigo!

El ruido de la ducha hizo que dirigiera sus pasos hacia el baño. Olía su gel, sentía el aroma que le recordaba otros días. Necesitaba

las caricias, la protección y el cobijo del hombre que le daba todo cuanto necesitaba.

—¡Siempre serás el mismo descuidado! Tus despistes algún día te costaran un disgusto...

Eladio estaba allí sonriendo, descorrió la cortina exhibiendo su cuerpo musculado. El agua parecía besar su piel dorada y abrió sus brazos para que ella, mimosa, se acurrucara entre ellos. Él, risueño, cogió su mano derecha y apretó los dedos femeninos entre los suyos, indicándole el camino del dormitorio. Dunia se dejaba mecer por las caricias del hombre que amaba. Era un juguete en sus brazos. Los labios varoniles pasaron poco a poco por los pliegues de la piel sedosa de la mujer. Ella quería hablarle de la carta, pero él sellaba su boca con besos. Se dejaba llevar por sus manos y sucumbía ante los encantos del único hombre que le hacía vibrar. Olvidándose de todo, voló y voló, una vez más, hasta quedar dormida.

Despertó al atardecer, sin preocupaciones, había conseguido olvidar sus problemas por unas horas. Palpó el otro lado de la cama, el vacío le sobresaltó y comenzó a llamar a Eladio buscándole por las habitaciones. Él, apoyaba la mano derecha en el dintel de la puerta de entrada y miraba asustado a la vecina del ático. Dunia reconoció a la señora. Era la mujer con la que había hablado por la mañana. Tenía una mueca extraña en su cara. Sus ojos desorbitados miraban dentro de una bolsa negra. De allí sacó un bulto redondo y con la mano izquierda agarraba lo que parecían ser cabellos humanos. Dirigió la mirada hacia donde estaba Dunia, y con una sonrisa inocente, murmuró despacio:

—¿Ve usted como todos parecen muertos?. Al final, buscando y buscando hoy he encontrado a mi marido. Ya no me sentiré tan sola.

Un presente turbulento

Manuel Tamayo Jover

Regresando del pueblo de mis padres, ya anocheciendo, paré en una apartada gasolinera, obsoleta y con aspecto de estar poco frecuentada. A pesar de esperar unos minutos, no apareció nadie para atenderme, así que me surtí desde el único surtidor desvencijado que existía. ¡Siempre me han fastidiado los autoservicios! ¡Como si no estuviera bien caro el combustible! Ese sentimiento anodino fue el comienzo de mi epopeya.

Me atendió un anciano que estaba sentado, casi inmóvil, tras la mesa de una oscura oficina. El caótico lugar carecía de cualquier elemento moderno; incluso el tarjetero, que era un viejo artilingio que mediante un rodillo, marcaba los datos de la tarjeta de crédito en un papel con su autocopia. Me divertía ver al frágil dependiente, realizando un considerable esfuerzo para que rodara la pieza móvil.

Era un personaje con un amplio cráneo mondo, del que pendía una corta melena cana que se unía a una bien trenzada barba, también blanca, la cual enmarcaba un rostro sereno de hondos y ágiles ojos. Podría ser el abuelo del empleado al que, sin duda, estaría sustituyendo.

Irritado por un servicio tan cutre y a sabiendas de que lo ponía en un aprieto, le exigí que canjeara los puntos de la tarjeta. Aquello me hacía sentir importante y disfrutaba al pensar cómo se las arreglaría el pobre viejo.

—Lo siento, señor. Aquí no disponemos de los regalos ofertados—afirmó con una tímida y vergonzosa sonrisa.

—¿Y el catálogo?

—De nuevo lo lamento, caballero. Tampoco tenemos el catálogo.

Aquella situación me pareció tan indignante, que hizo que protestara iracundo, dejando claro que, tanto los derechos de consumidor como la dignidad de ciudadano, bastaban para la reclamación que pensaba poner. El anciano se limitó a sonreír de nuevo, como un niño que no sabe qué responder a la pregunta del profesor. Me calibró con una mirada que ponía en evidencia mi desmedida pretensión y miró hacia la mesa. Entonces fue cuando advertí que formando varios montones en el centro del tablero, había una mugrienta baraja de Tarot. Con su huesuda mano, volteó una de las cartas y me preguntó con la voz queda de un confesor: “¿Qué deseas en la vida?”

En un instante caí en la cuenta que mi desproporcionada intransigencia se había convertido en fascinación. Tanto el aspecto, como sus ojos vivaces y la sonrisa bondadosa, me hacían recordar a los filósofos griegos.

—Deseo ser famoso y tener lo que se me antoje —me escuché balbucear, sin creer que aquellas palabras habían salido de mi boca. Me sentí como... embrujado. Entonces, dijo algo así como que solo obtenemos lo que merecemos, y que me obsequiaría con un regalo que podría satisfacer mis deseos. Cogió un pequeño objeto depositado en solitario en una estantería al alcance de su mano, y sin decir una sola palabra me lo dio. Acepté aquella minucia para poder marcharme con la altivez del que tiene razón. Y para justificar con ello mis exigencias, le solté: “Bueno, esto ya está mejor, aunque... ¡jamás volveré por aquí! Un cliente merece mayores atenciones”.

Salí de la tienda con el regalo y orgulloso de mí mismo. Sin embargo, maldije al viejo en cuanto destapé su contenido, pues era uno de esos chismes inútiles, que aceptamos sin pensar en que son un

engorro. Era un pequeño cojín inflable, para usar en espectáculos o sitios así, rojo por una cara y plateado por la otra.

Pocos kilómetros después, mi veterano coche me dejó otra vez tirado en la cuneta. Mientras maldecía mi suerte tras comprobar que el móvil no tenía cobertura, me encaramé a un ribazo, resignado a esperar el auxilio de alguien que pasara por allí; pero para no manchar el pantalón, estrené el regalo y me senté sobre él, al final, iba a tener su utilidad.

Repasaba mi vida hasta ese momento: agotado por el trabajo, las exigencias del jefe y el miedo a que la crisis me dejara sin empleo. Las vacaciones junto a mis padres habían aliviado parte de esa tensión. Como siempre, me preguntaron por qué no tenía novia, o si alguna vez me casaría. Traté esos asuntos personales sin darles muchas explicaciones porque nunca comprenderían la complicada vida de la ciudad.

Contemplaba aquella averiada antigualla, compañera de tantos viajes y suspiré anhelando tener un coche nuevo. ¡De repente!, me encontré sentado dentro de un todoterreno, del mismo bonito color rojo que el cojín sobre el que había estado posado. Así, sin más. Parpadeé atónito y me restregué los ojos. Estaba confundido. ¿Podría haber estado durmiendo en el coche de quien me hubiera recogido esa noche, y ahora despertaba en él sin llegar a recordarlo? Sin embargo, para mi sorpresa, yo ocupaba el asiento del conductor y al hacer sonar el claxon comprobé que nadie acudía para reclamar tal puesto. Así pues, todo era tan real como inexplicable. Además, mi viejo coche ya no estaba allí. Sin embargo, al observar el muro, comprobé que me encontraba en el mismo lugar donde me detuve. No me había movido ni un metro. No tenía conciencia clara de lo sucedido, pero de cualquier modo estaba viviendo aquello, que era verídico, y solo cabía esperar a que surgiera una explicación: sin más consideraciones de momento, dado que estas eran inútiles.

En cuanto hice girar la llave del contacto, el vehículo se puso en marcha con un pausado y musical ronroneo. Tentado por probarlo, cesé de darle más vueltas a la cabeza. Veía tan sublime el conducir aquella máquina poderosa, que no quería percatarme realmente de lo que había sucedido. De pronto, se impuso una idea alucinante: comprendí que el extraño regalo de la gasolinera,

tenía realmente el poder de transformarse según mis deseos. ¿Imposible? Por más que le diera vueltas, no había otra explicación; aunque esta parecía increíble. Derrotado por la evidencia, pensé que de alguna manera, lo que tuviese que ser, sería. Decidí volver a la gasolinera para que el anciano me desvelara el misterio. Sin embargo, no solo la encontré cerrada, sino que un cartel sobre el surtidor informaba que estaría fuera de servicio por vacaciones. Del viejo solo quedaban los recuerdos sobre su personalidad y su manera enigmática de despacharme.

No tuve más remedio que regresar a casa a bordo del nuevo coche y sin una explicación coherente, por lo que esa noche dormí mal. A media noche me levanté para cerciorarme de que el deslumbrante todoterreno seguía aparcado frente a la puerta y al volver a la cama, una duermevela llenó mi mente de sueños enigmáticos.

Como a la mañana siguiente la flamante máquina continuaba a mi disposición, advertí la oportunidad de lanzarme a disfrutar del maravilloso día y conduje hacia la playa para evadirme en su horizonte de infinita calma. En contra de mis esperanzas, tampoco ligué aquel día. De regreso, advertí que el coche necesitaba combustible; además, al ir aproximándome a una gasolinera, la única de aquella carretera secundaria, noté sorprendido que las luces intermitentes se habían puesto en marcha sin mi intervención para indicar la maniobra de dejar la carretera, mientras que el motor sonaba ahora más lento, sin obedecer al acelerador. Advertí perplejo que el coche funcionaba sin control y me obligaba a parar en aquella solitaria gasolinera.

El empleado desenroscó el tapón del depósito y, mientras yo le observaba por el retrovisor, vi cómo hacía un movimiento extraño, como si algo le asustara, e intentó retroceder tensando la espalda. Por más que luchara por soltarse de lo que tiraba de él, vi cómo se inclinaba sin remedio hacia adelante hasta ser absorbido por una especie de turbulencia, un remolino blanco como de humo de camuflaje que surgía desde el depósito del coche. Al disiparse aquella niebla, el empleado había desaparecido. Me acerqué incrédulo, pero allí no quedaban vestigios del pobre hombre. Aunque había pensado que todo fuese una alucinación por tanto sol como había tomado ese día, nadie más se encontraba presente para confirmar el suceso, por lo que me quedé sin una explicación lógica, pero

agobiado por la sospecha de que algo inconcebible, sobre lo que me aterraba pensar, había sucedido. El indicador de combustible señalaba que el depósito estaba lleno. Arranqué y volví a casa cavilando que sería inútil explicar lo sucedido. Nadie me creería.

Esa noche también dormí mal. Al otro día, no me atrevía a acercarme al coche. Lo estuve observando por la ventana intentando montar dentro de mi cabeza explicaciones verosímiles, que una y otra vez se desmoronaban. Tuve que tomar una larga dosis de güisqui, pero cada vez me daba más pánico lo que sugería mi cerebro; algo atávico había hecho mella en él, pues el terror se iba imponiendo a cualquier otra idea tranquilizadora.

Estuve en casa sin salir en todo el día, dormitando y observando el coche a distancia hasta que, a media tarde noté que sus luces se encendían de modo intermitente, como queriendo reclamar atención. Un transeúnte que se aproximaba paseando, debió suponer que había saltado la alarma del llamativo todoterreno y se paró a investigar. Yo estaba expectante, temeroso de que otra vez sucediera aquello, por inaudito que fuese, cuya confirmación me tenía en vilo. Cuando el curioso viandante se acercó al depósito de la gasolina, de nuevo surgió de él un remolino blanco que lo envolvió para, a continuación, iniciar un vertiginoso torbellino cuyo vórtice se dirigía a la abertura del negro conducto por el que desapareció unos segundos después, sin que quedara rastro del pobre desgraciado.

Me senté en el sofá sin perder de vista el coche, cuyos intermitentes habían dejado de lanzar el señuelo, y tuve que servirme otro vaso de alcohol. Esta vez no había ninguna duda: el coche se alimentaba atrapando seres vivos. Luego quedaba en calma hasta el día siguiente. Intenté contárselo por teléfono a un amigo, pero me dijo que ya estaba bien de bromas. Otro me pidió que no bebiera más. Un tercero quiso que se lo escribiera para publicarlo en una revista de ufología, pero creo que tampoco se lo llegaba a creer. Al final me hice el propósito de callar y huir aquella misma noche, pues si alguien más había observado la escena, me podría costar enfrentarme a la policía.

Eso era lo terrible, ¿qué podría yo explicar para que un juez diera crédito a tal historia?

He estado vagando por España y Portugal, siguiendo el rumbo que me alejaba de mis víctimas. Evitaba volver sobre mis pasos, tratando de escapar de la policía para así aplazar el momento, en extremo azaroso, de afrontar sus preguntas sobre el coche. Entonces comprendí que mi vida de pobre fracasado anónimo, había cobrado una dimensión de leyenda, y que yo debía sacrificarme a ella cuando llegara el momento de la gloria.

Mientras, día a día, tuve que satisfacer al monstruo. Para ello, un empleado de una solitaria gasolinera elegida ex profeso, servía de alimento a esta máquina asesina que precisa abastecerse con la energía de los seres vivos.

He ido acorralándome hasta llegar al extremo más occidental de la península: *Finis Terrae, la Costa da Morte*. Por último, ya con la policía dispuesta a cerrar el lazo donde me atraparán sin remedio, viéndome perdido, he desenroscado yo mismo el tapón y he sido absorbido por este engendro.

Me encuentro flotando suavemente dentro del depósito. Mi cuerpo se ha transformado en energía. Noto una extraña sensación al haber llegado al límite del ciclo de la materia, pero no estoy triste. Me siento útil. Si alguien arranca ahora el coche, yo iré consumiéndome poco a poco y alimentándolo con mi bioenergía. Mi vida gloriosa, quedará consumada.

Una sirena y un dragón

Gloria Flores Celdrán

Érase una vez un país dividido por dos reinos: Rosaleda y Geranioblanco. El palacio de Rosaleda era muy hermoso, con grandes columnas y suelos con alfombras rojas y verdes. El de Geranioblanco era más suntuoso, franqueado por columnas doradas, alfombras blancas y grandes escalinatas de mármol. Vivían en paz los habitantes de ambos reinos, pero un día algo sucedió que rompió ese equilibrio: del mar que los separaba emergió una bella sirena de larga cabellera dorada y escamas verdes. Por su boca brotaron burbujas de diamantes y así lo hizo varias veces, desapareciendo después de cada aparición.

Las nubes de colores se tornaron en negras tormentas. Los dos reyes decían tener derecho sobre esa fortuna, pero no se ponían de acuerdo en la manera de hacerlo y empezaron a vigilarse y a prepararse para la guerra por defender su legitimidad.

El rey de Rosaleda llamó a sus soldados y les dijo que tuvieran sus armas preparadas, las mazmorras con las llamas encendidas, los morteros con aceite listo para hervirlo. El de Geranioblanco llamó también a sus soldados, y les mandó sacar las armaduras, preparar las catapultas y entrenar a los caballos para que no tuvieran miedo.

Una sirena y un dragón

Una noche que salieron a la mar en busca de la sirena, se quedaron atónitos. Vieron pasar por los largos puentes que comunicaban los reinos, un gigantesco dragón naranja y negro, con los ojos tan grandes como ventanas de autobús; de su boca salía fuego, de su ano expulsaba cenizas y él, también vigilaba a la sirena, aunque por distintos motivos. Quedaron aterrorizados.

La noticia llegó a todos los rincones, el rey de Geranioblanco mandó una paloma con el mensaje de reunirse todos en el palacio de su reino, y Rosaleda aceptó; hablaron horas y horas. Al final decidieron que en lugar de pelear entre ellos, se unirían para combatir al enorme dragón, y después, unidos, sacarían del mar las perlas y diamantes que la sirena expulsaba, compartiéndolos a partes iguales. Más tarde levantarían un monumento a la concordia en alguna de las preciosas plazas que tenían, e invitarían a todo el pueblo para celebrar una fiesta por todo lo alto, con comida, refrescos, música y castillos de colores.

Y colorín, colorín, este cuento ha llegado a su fin.

Reseña de autores

María T. Pérez Hernández

Hasta donde su memoria alcanza siempre ha habido en su mesilla un libro. Esto se lo debe a su padre y maestro, que supo inculcarle la pasión por la literatura, con la que tanto ha disfrutado a lo largo de su vida.

Pedro L. Panalés Sánchez

Él define su estilo como realismo reflexivo, como otra forma de expresión.

Alicia Rico Forte

Con 26 años se le diagnosticó un cáncer y aprovechó su dura lucha para escribir un diario online, que se transformó en el libro “Nadie dijo que fuera fácil. Cómo afrontar un Linfoma de Hodking” (2008) cuyos beneficios van destinados a la AECC. Es redactora del e-zine cultural “Palanca de cambio” (www.palancadecambio.org) desde sus comienzos. Promovió y coordinó el libro de testimonios “A través de la ventana” (AEAL, 2010).

María Arteaga

Las Lumbreras (Murcia). Escribe desde niña y pertenece a la Asociación Literaria Renglones. En los Talleres de creación literaria del CC de El Carmen se forja como escritora. Ganó un premio de poesía en Guadalupe (Murcia) con el poema “No la llames vieja”. Asidua a clubes y tertulias literarias, entre ellas, “El Escarabajo Palabrero” (Cartagena). Tie-

ne un blog intimista y cargado de poesía: “Un pasillo encerrado” (<http://unpasilloencerrado.blogspot.com>).

Carmen Lozano Bueno

Nace en Begíjar (Jaén) en 1974, aunque reside en Murcia, donde ejerce como médico de familia. En sus vacaciones se escapa de cooperante, de ahí su pasión por África y sus caminos rojos infinitos. Lleva escribiendo desde los nueve años gracias a que alguien le regaló su primer diario, iniciándose en la autobiografía primero, y pasando a las vivencias de viajes después. “Awa” es una historia real vivida en Malí. Quiso escribirla desde que vivió la historia en primera persona, para que no sucumbiera en el olvido la dura vida de la mujer africana.

Carmen Hernández Pérez

Asiste a los talleres de Creación Literaria del CC El Carmen desde 2007. Le llevó al centro la ilusión por aprender a escribir, animada por la afición y el amor que siempre ha sentido por las letras. Se desenvuelve cómodamente con la poesía y los relatos cortos. Tiene tres hijos, origen de su afición por el género infantil. Ha concursado en varias ediciones de “Pasó en Navidad”, organizado por el CC de El Carmen y ha compuesto poemas para presentaciones de pintura, como “Cuadros con Poesía”. Define su estilo como intimista y personal.

Amelia Moncada Georgiades

Poeta y narradora de vocación tardía que nació en el seno de una familia greco-estambulí. Ha editado “Vuelo de pensamientos” y “Sigue el secreto y otros poemas”, aunque tiene otros libros preparados para edición y una autobiografía en proceso.

María González García

Nació en Murcia en 1985 y es licenciada en Ciencias de la Comunicación. Ha obtenido algunas menciones literarias como el segundo premio en el certamen “Pasó en Navidad” (CC El Carmen, 2010), primer premio en el concurso de microrrelatos de la Facultad de Comunicación de la UMU en 2011, primer premio en el II Concurso de microcuento rápido en la calle (CC El Carmen, 2011), finalista en otros certámenes literarios (I Concurso de cuentos “Ezequiel Pérez Plasencia” y “Pasó en Navidad”, 2009).

Jesús Bastida

De estilo literario breve, directo e intenso. Ha editado “La soledad en las ciudades” y ha participado en dos libros que recogen trabajos de cursos de creación literaria de El Carmen, “Nuestras voces” y “Tenemos la palabra”. Escribe lo que le gustaría leer. Ha participado como figurante en “Olé” (1991) de Manuel Lorenzo, “Éxtasis” (1995) de Mariano Barroso, y “Miranda ya no viste de blanco” (2007) de Samuel Quiles. Tiene

un blog: “El hombre que me mira” (<http://ulises-elhombrequememira.blogspot.com>).

Laura Amorós

Licenciada en Biología por la UMU, llegó al mundo (incluido el literario) de la mano de una gran narradora de cuentos. Ha publicado artículos, poemas, cuentos y microrrelatos en diversas antologías o revistas literarias y ha sido galardonada en el campo del guión, el relato y la poesía. Participa en lecturas, recitales poéticos, cursos y talleres.

María del Carmen Bernal Álvarez

Misionera idente que reside en Murcia desde 2008. Alumna del Taller de Creación Literaria en el CC El Carmen, en 2011. Estar jubilada no le ha frenado para escribir sus mensajes de vida.

Merche Díaz San Lázaro

Escribe porque le divierte crear historias, traspasar los límites de la realidad y sentirse libre manteniendo solo las barreras impuestas por ella misma. En el concurso de cuentos “Pasó en Navidad” organizado por el CC El Carmen, obtuvo el tercer premio en 2009 con su relato “La chica que recogía palabras de las aceras”, y ganó la edición de 2010 con “Una mesa con demasiadas sillas”. En 2011 logró el primer premio en el XVIII Certamen Literario del Centro de la Mujer de Guadalupe con “Ella trae la voz y

las palabras”. Su estilo literario es una constante búsqueda que no tiene prisa en finalizar.

Emanuel Menta

Su fascinación por contar historias empezó siendo muy pequeño. Influenciado por su abuelo (periodista y escritor), que le contaba sus aventuras. Hace unos años, se apuntó a un curso de escritura creativa y desde entonces comenzó a escribir “de verdad”. Lograr capturar la inspiración para sus dos pasiones (la música y la escritura) es una alquimia que todavía no comprende del todo, pero cuando ocurre, sabe que no tiene que perder tiempo: se sienta al piano o frente al ordenador, y sale a volar.

Francisco Gómez Vicente

Nació y siempre ha vivido en Murcia, lugar que se ha convertido en su fuente de inspiración. De adolescente fundó un fanzine, donde escribía sobre otra de sus pasiones: la música. Siempre le ha gustado soñar e inventarse historias. Con el paso del tiempo, esas historias se han convertido en una segunda piel, que va cambiando constantemente para seguir creciendo. Siente admiración por los autores que son capaces de transmitir sentimientos y verdades.

Nadia Sous

Licenciada en Ciencias de la Información. Con varios postgra-

dos en Creatividad, trabajó como creativa en Reino Unido, Madrid y Valencia. Ganó algunos premios publicitarios. Desde Murcia, se adentra en el mundo de las letras. “Punto de fuga” resultó finalista en el I Concurso de cuentos “Ezequiel Pérez Plasencia” (Cartagena, 2011). Obtuvo el tercer premio en el II Concurso “Microcuento rápido en la calle” (Murcia, 2011). El amor y la apertura de conciencia son los temas sobre los que centra su primera novela.

María Rubio del Amor

Afirma que es chica de pocas palabras, aunque no lo parece en sus creaciones literarias, ricas en dentelladas intimistas y sinceras. Sus relatos se basan en vivencias personales y cercanas a su entorno, lo que hace que su lectura acerque al lector al mundo interior de los personajes, que dibuja como seres complejos y rebosantes de vida.

Carmen Carrasco García

Se considera solo una mujer con inquietudes literarias. Alumna de los cursos de Creación Literaria en el CC El Carmen y en la Universidad de Murcia, del 2008 al 2010. Su máxima es “Donde hay relato, hay alegría”.

Eva María Serrano López

Nació en 1992 y estudia Derecho. Descubrió a los clásicos: Cervantes, Molière, Víctor Hugo, Keats,

Poe. Enseguida llegaron los primeros renglones y la revista del instituto. Sus profesores le inculcaron el mensaje: “Camarada, esto no es un libro; quien toca esto toca a un hombre”; sus padres (“con el amor a cuestras, dormidos y despiertos”), a los que les debe todo; y ella... “Te recuerdo como eras el último otoño/ eras la boina gris y el corazón en calma. Ojalá estuviera aquí”.

Rosa Velasco González

Nace en Medina del Campo (Valladolid) en 1949. Ha participado en libros colectivos “Tenemos la palabra” y “Enredos de una Pasión” publicados en el CC de El Carmen. Autodidacta, es autora de poemas y relatos inéditos. Participa en tertulias literarias de la biblioteca. Es socia fundadora y presidenta de la Asociación Literaria Renglones. Autora de “El deseo tiene nombre”, premiado con el Accésit en el I Concurso de relatos de Navidad (2009), celebrado en el CC de El Carmen.

Manuel Tamayo Jover

Médico recientemente jubilado, lee desde siempre, reservando sus mejores horas para el relato corto, desde los clásicos a los contemporáneos. Miembro del Club de lectores del Centro Cultural El Carmen. Asiste a los talleres de escritura de este Centro desde 2009. Su estilo literario se inclina más hacia el relato naturalista. Quedó finalista en los dos

certámenes de Cuentos “Pasó en Navidad” organizado por el CC El Carmen.

Gloria Flores Celdrán

Murciana hasta el corazón, es vicepresidente de la Asociación Literaria Renglones. Asiste a los Talleres de Creación literaria del CC El Carmen desde sus inicios. Sus aficiones literarias prioritarias son la poesía y el relato corto, donde se siente cómoda al escribir algo bello para ella en un entorno entre amigos.

